





VILLAS, PUEBLAS Y ESCRITORES

Salamanca, 2017



VIILLAS, PUEBLAS Y ESCRITORES

Enrique Viloria Vera

Prólogo de *José Pulido*

Epílogo de *José Pulido Navas*



Centro de Estudios Ibéricos
y Americanos de Salamanca
«Federico de Onís — Miguel Torga»

“COLECCIÓN SALAMANCA”
OBRA DE ENRIQUE VILORIA VERA
POESÍA Y ENSAYO LITERARIO
(BIBLIOTECA GASTÓN BAQUERO)
54

© Enrique Viloría

© Centro de Estudios Ibéricos
y Americanos de Salamanca
Apartado 164
E - 37080 – Salamanca (España)

Depósito Legal: MI2018000092.

ISBN: 978-84-95850-26-3

Foto de Portada:

.....7\cb]fcb

Fotografía del Autor:

María Isabel Morillo Beloso

Diseño de Colección

Javier Torre

Diagramación:

Florencia Zabala

Impreso en España / Printed in España,
Año 2017

Dedicatoria

A mi abuela Berta, nativa de un pueblo llamado Canoabo.



Índice general

Prólogo	11
Introducción	17
Ávila y José María Muñoz Quirós	19
Barcelona y Eduardo Mendoza.....	25
Barquisimeto y Ramón Guillermo Aveledo.....	31
Canoabo y Vicente Gerbasi.....	39
Carora y Guillermo Morón	47
Ciudad de México y Alan Riding.....	55
Cumaná y José Tomás Angola	61
Guatapé y Juan Mares.....	71
Iquitos y Mario Vargas Llosa.....	75
Macondo y Gabriel García Márquez.....	85
Madrid y Enrique Gracia Trinidad	95

Nueva York y Federico García Lorca	107
Orán y Albert Camus	113
Puerto Maldonado y Alfredo Pérez Alencart	119
Epílogo	
El Poder de la Amistad.....	131
Sobre el Autor	133

Prólogo

Enrique Viloria y la ciudad

Un poema de Kavafis dice: *“La ciudad te seguirá. Viajarás por las mismas calles. Y en los mismos barrios te harás viejo; y entre las mismas paredes irás encaneciendo”*.

El ciudadano construye la ciudad; inclusive el ciudadano que jamás coloca un ladrillo, o una piedra, un cable o un tubo: todos los ciudadanos van haciendo la ciudad según sus intereses y sus ignorancias, sus conocimientos y sus sentimientos. Y al mismo tiempo, la ciudad va procreando los ciudadanos que necesita para descomponerse o embellecerse, para sublimarse o envilecerse.

La ciudad es, en primer lugar, un refugio donde cada quien concibe su sueño. En segundo lugar, la abundancia de sueños frustrados, convierte a la ciudad en una guerra de pareceres, en un escenario donde se buscan las huellas que va dejando la belleza en su constante deambular de antílope y se evaden

Prólogo

milagrosamente, por milímetros, los factibles encuentros con la muerte, esa habitante.

Cada persona tiene un concepto diferente de la ciudad donde ha nacido o donde vive. Cada quien hace su nido espiritual, su recorrido sentimental y establece su visión particular; su paisaje aliviador.

Los escritores pueden pasar la vida entera escribiendo sobre sus ciudades o en torno a ellas. Porque la ciudad viene a ser como una segunda madre, una patria disponible, un laberinto hecho al gusto del extravío y de la ilusión.

Ese acontecer ha sido observado desde hace un tiempo por Enrique Vilorio Vera, quien ha profundizado y reseñado lo que significan las ciudades para sus narradores y poetas.

Enrique mira la lejanía y observa la cercanía; el paisaje está enfrente y el drama bulle aquí, a menos que haya alguien del otro lado transformando en paisaje al observador contrario. Todo eso forma parte del conformismo que funge como coraza protectora del ciudadano. Ese que no escribe ni describe la ciudad. Ese que arriesga poco su espíritu para que su cuerpo se lo agradezca.

Enrique ha mirado muchas ciudades y ha encontrado la relación anímica, el amor o el odio íntimos entre el habitante y el espacio. El tiempo mezcla y separa azarosamente el entorno y lo que va por dentro. Enrique Vilorio Vera ha escudriñado la historia de las calles, la poética del tiempo ardiendo y apagándose en techos y azoteas, en pájaros y cristales, en árboles y antenas.

El tema de las ciudades y sus autores ha sido, desde hace mucho tiempo, un punto de partida para las querencias de Enrique, para sus gustos de halcón, de bohemio, de quiromántico, de amigo. Pulsa todas las cuerdas en busca de la música que más le place

Prólogo

y le apetece: la celebración de la sensibilidad, de la amistad y del maravilloso obsequio que es la existencia. En especial esa existencia escritora que busca afanosamente el corazón verdadero de la ciudad.

Enrique es un trovador incansable del verbo que fundó, simultáneamente, la civilización y la nostalgia.

JOSÉ PULIDO





Enrique Vilorio Vera



Introducción

El presente texto forma parte de una trilogía que sobre el tema de las ciudades y los escritores iniciamos hace más de una década con un par de libros editados en Caracas, Venezuela: *Ciudades Evocadas*, y *Ciudades y escritores*. Testimonio mi personal interés por el tema de lo urbano —y ahora también por lo rural— en la obra de disimiles escritores —poetas, narradores y ensayistas— que ceden su apasionada y particular visión por esas ciudades, villas y pueblas poseedoras de un recóndito espíritu del lugar, de esas comarcas que les otorgan gentilicio e identidad.

ENRIQUE VILORIA VERA



Ávila y José María Muñoz Quirós

Aquí estoy
una vez más
frente a las torres
en la orilla del río
que se va deslizando
en frágil soledad
bajo los puentes,
en ese cielo hoy tan azul
que apenas reconozco,
tan veces de niebla y tantas veces
cubierto por sus velos
como si el desnudar fuera imposible
más allá de esos ojos.

Aquí estoy
como los pasos mismos
me han traído
hasta el borde del tiempo,
como he necesitado así rozar
la piel de este momento
para reconstruir la vida,
para hacerla merecedora
de este instante que recupero
en esa lucha de amor que a muerte sabe.

JOSÉ MARÍA MUÑOZ QUIRÓS

Muñoz Quirós es abulense por nacimiento y castellano por convicción. Su poesía no puede prescindir del entorno que lo envuelve y le otorga tono de sagrado misterio a una existencia profana que transcurre entre campiñas doradas e infinitas, bañadas por un río sereno —el Adaja—, orgulloso de reflejar en su cauce a las idiosincrásicas torres medievales de Ávila; las que, sin mentises ni contradicciones, son —a la vez— muralla protectora y efigies distintivas de una ciudad que, sin ellas, no sería la misma, dejaría de encumbrarse —en cabal hierogamia— al cielo que la ilumina y además perdería su donaire, distinción e innegable señorío urbano. El poeta expresa su lealtad y respeto por sus arraigadas murallas, y declara: “Salgo a la una de la luz, / salgo a la sombra / desolada del cierzo, / a la imperiosa serenidad del piélagos / al ventalle del ruiseñor, / al circo de la fauna, / salgo al ocaso del sol de los cristales, / al risco y a la turbia paciencia de los ciervos, / salgo al fondo de un húmedo crespón, / junto a las lentas oquedades / del sol sobre la tarde. / Al poner mi pisada en los umbrales / no reaparece el viejo / encantador de sueños. / Y atardece”.

Los versos del trovador abulense son otro reconocimiento —esta vez poético— a la adusta “ciudad de cantos y santos”, que la villa suma a los merecidos títulos otorgados por diferentes majestades a lo largo de su accidentada historia: Ávila del Rey otorgado por Alfonso VII, Ávila de los Leales otorgado por Alfonso VIII y Ávila de los Caballeros otorgado por Alfonso X, y que —ufana y orgullosa— exhibe en su lábaro distintivo. Escribe el poeta en franco miramiento a la ciudad que habita y le habita, que define y lo define:” He vuelto a atravesar los muros y los arcos / después de tanto tiempo, / y al cruzar por el hueco de esas piedras / un extraño silencio te ha cerrado / la voz donde pronuncias con sílabas / que la memoria sabe, / que los ojos presienten, que la noche / dibuja en las aristas de su oscura palabra. / Y entonces, como un retorno de cristal, / has tropezado con la niebla, / has irrumpido en las cenizas del instante caído, / has situado tus manos en el cuerpo del aire. / Nada es como ayer. Lo presentes. Lo sabes.

/ Tal vez ese lenguaje difícil de la ausencia / te deja las palabras nunca dichas, / te concede una duda. La tarde va cesando / en los brazos abiertos de este instante, / entre las breves palomas que en su vuelo / son otras, tan distintas, diferentes, / como yo, a todo, al zureo del agua. / Y, sin embargo, sin saber muy bien cómo / he renunciado a morir en los ojos del día / y a llevar en lo oscuro la penúltima lágrima / de la luz cuando escapa. Las horas van dejando / entre mis dedos su memoria, / y he vuelto a ser quien fui por un instante / apegado al olvido, ahora que ya no queda / más que la noche oscura entre la noche”.

El bardo avilés —agradecido con la ciudad de su infancia, juventud y madurez— rememora y escribe: “Me veo allí y os veo / (días que si quisiera revivir / me sería imposible) / y rozo el resplandor que me conduce / hasta la luz más alta, / y me acerco tranquilo / hasta el origen de los rostros, / hasta el paisaje por donde me desnudo / en una juventud ilimitable. / Todo pasó y en todo permanezco, / y hago un esfuerzo, una señal / suficiente y exacta / para que nada muera, / que de esa vida sin retorno / algo me dé la mano / que ya hubiera perdido, / para que aquellos pasos me conduzcan / no a un día, no a un instante / que sé incierto en el tiempo, / más bien / hasta la orilla del sentir y el vaso / comunicante / que sabe que esta hora se ha gestado / en el seno de entonces”.

La ciudad brinda y propone al escritor temas y pábulos para que sus versos adquieran, esta vez, un carácter mestizo, híbrido, mixto, entrecruzado, a caballo entre la poesía existencial y memoriosa que ahora se alimenta de los efluvios de calles, plaza, catedral e iglesias, torres medievales, río y edificios que se introducen —sin remilgos ni melindres—, en versos encomiásticos como los siguientes: “Así os contemplo / y la noche me llega / en el misterio oblicuo de unos labios, / y la ciudad me reconoce / cuando las torres dejan / una sobra de nadie. / Y quiero entrar, / atravesar los muros / tan dorados y bellos, / y pasar por las puertas / como quien deja un leve / murmullo sobre el río. / Está mi corazón contando

estrellas. / Da la vuelta a la plaza / una vez más, / y allí descubre que unos ojos llaman / al fondo de la sangre, / que unos ojos van alimentando / desolaciones viejas, días anchos / donde la soledad se dilataba / a golpes de palabras. Era / otra luz y otro mirar el mío: / ventiscas que no saben desde dónde / se aproximan los fríos, / algún gesto de amor que no me llama / desde su reino de silencio”.

Evoca el poeta a su bienquista ciudad, a fin de confirmar que una villa, una puebla, una urbe, e incluso el más elemental villorrio, la más estricta comarca, el más escueto caserío, es ciertamente lo que es y ha sido, así como lo que no es, ni ha sido: porque la memoria afectiva es más magnánima que la concluyente realidad. La vetusta y reconocida Ávila del Rey de Alfonso VII regresa —rea- vivada— de los arcanos folios municipales para adquirir diferente y moderno rostro en los contemporáneos versos del admirativo poeta abulense, quien con ojos de conmuevo y enajenamiento escribe: “Todo se reproduce en la memoria / con infinita fluidez, con paso cierto, / y se contiene en su precipitado pozo / oscuro, donde miro hasta el fondo / y sólo veo un desierto de lunas, / una advertencia negra justo adentro / donde los peces ya no habitan. / (Los misterios naufragan / como niños recién creados en la tarde). / Los libros dan la mano / a mi inocencia niña, / mientras pasan por mí como los chorros / necesarios que me hablan / y dicen en oído / sus versos suavemente”.

Ciudad cómplice, chula, alcahueta, celestina, trotaconventos que —nocturna— acompaña al embelesado trovador en su mimosa serenata de cantos y versos regalados a sus dos amadas: una de carne y hueso, y otra de luz y piedra. Desnudo de ropas y prejuicios, libertado y libertario, lujuriosamente enamorado, con pasión encendida —a sus anchas, a su aire—, en lecho propio y calle ajena, confiesa: “Amo la noche y solamente amo / lo intransferible de esa luz / de farolas y nubes. Me desnudo / en la completa soledad del aire, / y tú me das la mano, / y vas llevándome hasta

el lecho / que aprendí a amar / como se ama un gesto o una vida / que han vivido en tu nombre. / Es ese cuerpo y esa voz, / es ese dardo. No necesito más / para vuelva el día a despertarme / con esa suficiencia cuando rozo / tu piel cerca y me sabes / a largas horas encendidas. / Supe de amores. De días entregados / al dulce aroma de los cuerpos, / a llevar en los ojos la mirada / de otro mirar, y en el tacto / la mano de otro roce, el final / de un gesto necesario. / Y encontré que la noche no es oscura. / Que habita lentos barcos / que nos llevan al mar / donde morimos, y qué dulce / morir. Luego, en la nave / del corazón aprieto cada nombre / y voy contando con sus letras todos / los recuerdos amados. Es la cara / oculta de los días / que soporte encendidos / con la luz de los sueños”.

Parodiando a Erich Fromm, el poeta avilés concuerda con el filósofo alemán en que ama —doble y paradójicamente— a su ciudad de siempre. esa que lleva tatuada en la partida de nacimiento y en sus genes ciudadanos: la tantas veces laureada villa por diversos reyes y majestades, en fin, a su Ávila que lo hace ser abulense por gentilicio y por devoción, y suscribe: “Te quiero porque te necesito, te necesito porque te quiero”. Más explícitos no pueden ser la necesidad y el amor del abulense por su urbe, diáfananamente comunica:

*Viajo por las veredas
apartando caricias
sobre cualquier orilla, en el blanco
sencillo de las hojas
de lustros ya gastados.
Supe que darte es más que dar;
un grado más adentro
del bosque de los días.
Por lo demás, algún bocado*

*viene, de cuando en cuando
hasta mi boca. Y paso
el resto de las horas soñando
cuándo vendrá de nuevo
la prisión de la estrella,
en qué lugar el destino
me lleva hasta los brazos
de esta ciudad, de toda
esta maraña de recuerdos,
ahora que necesito tanto
recuperar ausencias,
y que he ido dejando
parvularios de amor sobre los ríos,
bajo los puentes y en las madrugadas,
incendios de algún sueño
que me llega dichoso
hasta los ojos.*

*Ya supe que aprendí con la largura
del corazón el mundo:
hallé el misterio en la dorada
piedra, me brindó con su copa
la noche y sus prisiones,
y he vuelto a caminar
por los andamios de los sueños
hasta los campos todos,
como quien pone un broche azul
en la mirada y deja
que nazcan otra vez
instantes muertos.*

Barcelona y Eduardo Mendoza

El viajero que acude por primera vez a Barcelona advierte pronto dónde acaba la ciudad antigua y empieza la nueva. De ser sinuosas las calles se vuelven rectas y más anchas; las aceras, más holgadas; unos plátanos talludos las sombrean gratamente; las edificaciones son de más porte; no falta quien se aturde, creyendo haber sido transportado a otra ciudad mágicamente. A sabiendas de ello o no, los propios barceloneses cultivan este equívoco: al pasar de un sector al otro parecen cambiar de físico, de actitud y de indumentaria. Esto no siempre fue así; esta transición tiene su explicación, su historia y su leyenda.

EDUARDO MENDOZA

Ciertamente Barcelona, la ciudad condal, es una urbe especial, es —al decir del narrador Eduardo Mendoza—, *La Ciudad de los Prodigios*, título de la novela en la que el autor aprehende la diversa naturaleza de una villa que está en urbano proceso de estar siendo; la pretensión de ser una certificada capital cosmopolita, esa Barcelona hasta entonces —pacata y apacible— que busca asumir su modernidad, su rejuvenecimiento, en ocasión de adjudicarse la realización de la Exposición Universal. Recuerda el escritor: “... la idea misma del certamen había nacido en Francia, la primera

de ellas se celebró en Londres en 1851; París la suya en el 55 (...) luego también se celebraron certámenes en Viena, en Filadelfia y en Liverpool. Sin embargo, un reputado diario de la época, en su editorial, expresaba razonadas dudas en relación con la descabellada iniciativa catalana: “la población no ofrece bastantes atractivos para hacer grata la estancia al forastero en ella por algunos días”. Una carta aparecida en el diario de marras enfatizaba: “En Barcelona fuera de la benignidad de su clima, de lo excelente de su situación, de sus antiguos monumentos y de algo, muy poco, debido a la iniciativa de los particulares, no estamos al nivel de las demás poblaciones de Europa de igual importancia”.

La novela de Mendoza recoge y comenta —con enjundiosos detalles y jocosos episodios—, los cambios urbanísticos, sociales y económicos de la villa que, con motivo de las peripecias y avatares de los tercios y osados promotores de la Exposición Universal, acompañan a un campesino que, en 1887, abandonó su aldehuela en los Pirineos catalanes para aterrizar en Barcelona, con la intención de iniciar una nueva vida y con la genuina pretensión de hacer fortuna. Las andanzas en la ciudad condal de ese peculiar protagonista, Onofre Bouvila —un revivido pícaro del siglo de Oro—, se inician y desarrollan desde el mismo momento en que el montaraz baja de esa “Cataluña agreste, sombría y brutal” y, precariamente, se asienta en una modesta pensión de una Barcelona que estaba “en plena fiebre de renovación”.

Al protagonista humano de la novela de Mendoza se suma otro, esta vez urbano: que denomina la propia *ciudad de los prodigios*, es decir, Barcelona que “está situada en el valle que dejan las montañas de la cadena costera al retirarse un poco hacia el interior, entre Malgrat y Garraf, que de este modo forman una especie de anfiteatro”. Sobre su peculiar estado meteorológico, el narrador recuerda que “el clima es templado y sin altibajos: los cielos suelen ser claros y luminosos; las nubes, pocas, y aún éstas blancas; la

presión atmosférica es estable; la lluvia, escasa, pero traicionera y torrencial a veces”.

Barcelona es una ciudad vieja, añeja, vetusta, arcaica, rancia, antigua, no es como Madrid, Caracas, Lima, La Habana o Ciudad de México que son villas más recientes, fruto de la voluntad de un rey solitario que le gustaba la caza y el clima sin tanta humedad, o de los avatares de la conquista y colonización de la extendida América hispana. Mendoza recuerda que la ciudad de los prodigios fue fundada dos veces por los ancestrales fenicios, afirmación que no es pacífica en opinión de cronistas e historiadores; nuestro escritor apunta: “al menos sabemos que entra a la historia como colonia de Cartago, a su vez aliada de Sidón y Tiro”

Entre la ficción y la realidad —*si no es verdad, está bien hallado*—, el narrador trae a colación un episodio histórico relacionado con la entrada a la ciudad de Aníbal y sus temibles elefantes que “se detuvieron a beber y triscar en las riberas de Besós o del Llobregat camino de los Alpes, donde el frío y el terreno accidentado los diezmarían. Los primeros barceloneses quedaron maravillados ante la vista de aquellos animales. Hay que ver qué colmillos, qué trompa o proboscis, se decían. Este asombro compartido y los comentarios ulteriores, que duraron muchos años, hicieron germinar la identidad de Barcelona como núcleo urbano; extraviada luego, los barceloneses se afanarían por recobrar su identidad”.

Mendoza cuenta que, en seguida de la estancia de los fenicios, en Barcelona se asentaron además los griegos que, a su paso, dejaron residuos y vestigios artesanales; los layetanos, a quienes se deben “dos rasgos distintivos de la raza, según los etnólogos: la tendencia de los catalanes a ladear la cabeza hacia la izquierda cuando hacen como que escuchan y la propensión de los hombres a criar pelos largos en los orificios nasales”. Sin embargo, en criterio del escritor, fueron los romanos quienes le imprimieron el carácter de ciudad, a pesar de que “todo indica que sentían un desdén altivo

por Barcelona”. Posteriormente, los godos bajo la conducción del reyezuelo Ataúlfo la conquistan hasta que los sarracenos la toman, sin dejar significativa impronta en la futura ciudad condal. Los franceses la recuperan para la fe cristiana en el 785 y, dos siglos después, en 985, de nuevo pasa la ciudad a formar parte de los dominios del islam.

De esta forma, conquista tras reconquista, paso de una dominación a otra, la ciudad va construyendo murallas más gruesas y complejas, así como fortificaciones concéntricas, haciendo que sus calles se vuelvan sinuosas, tortuosas, torcidas y escabrosas. Esta nueva configuración urbana de Barcelona, al decir de Mendoza, atrae a los hebreos cabalistas de Gerona, que fundan sucursales de su secta allí y cavan pasadizos que conducen a sanedrines secretos y a piscinas probáticas descubiertas en el siglo XX al hacer el metro. En los dinteles de piedra del barrio viejo se pueden leer aún garabatos que son contraseñas para los iniciados, fórmulas para lograr lo impensable, etcétera. Luego la ciudad conoce años de esplendor y siglos opacos”.

Durante el siglo XIX la ciudad fue verdadero escenario de logros y prodigios: se estableció el primer servicio regular de diligencias que hubo en toda España; se realizó el primer experimento de alumbrado de gas; se instaló el primer “vapor”, conato inicial de la mecanización industrial; se inauguró el primer ferrocarril español, así como también la primera central eléctrica de España. Todas estas iniciativas y realizaciones eran absolutamente evidentes para todo aquel que la visitaba, y comprobaba la diferencia abismal que existía entre la prodigiosa ciudad y el resto de España. Sin embargo, “ahora Barcelona como la hembra de una especie rara que acaba de parir una camada numerosa, yacía exangüe y desventrada”.

Mendoza no comparte la manida y extendida afirmación según la cual Barcelona es *una ciudad que vive de espaldas al mar*. Prolijo en argumentos y evidencias, el novelista realiza un exhaustivo análisis

de la importancia y la impronta que el Mediterráneo tiene y ha tenido para la ciudad condal. Así afirma y enfatiza que su Barcelona “había siempre vivido del mar y para el mar; se alimenta del mar y entregaba al mar el fruto de sus esfuerzos; las calles de Barcelona llevaban todos los pasos del caminante al mar y por el por el mar se comunicaban con el resto del mundo; del mar provenían el aire y el clima; el aroma no siempre placentero y la humedad y la sal que corroían los muros; el ruido del mar arrullaba las siestas de los barceloneses, las sirenas de los barcos marcaban el paso del tiempo y el graznido de las gaviotas, triste y avinagrado, advertía que la dulzura de la solisombra que proyectaban los árboles en las avenidas era sólo una ilusión; el mar poblaba los callejones de personajes torcidos de idioma extranjero, andar incierto y pasado oscuro; propensos a tirar de navaja, pistola y cachiporra; el mar encubría a los que hurtaban el cuerpo a la justicia, a los que huían dejando a sus espaldas gritos desgarradores en la noche y crímenes impunes; el color de las casas y las plazas de Barcelona era el color blanco y cegador del mar en los días claros o de color gris de los días de borrasca”.

Ciertamente que la realización de la Exposición Universal le dio un nuevo aire, un necesario impulso a una Barcelona que había convertido su glorioso pasado en futuro no construido, Después de muchos esfuerzos, de cartas e informes, de idas y venidas a la capital —“con Madrid acabaremos a palos, pero sin Madrid no iremos a ninguna parte”—, de largas esperas en los mullidos sillones de los burócratas gubernamentales, finalmente el proyecto recibió el requerido visto bueno capitalino. Entre el 8 de abril y el 9 de diciembre, un par de largos millones de personas visitaron el recinto ferial, donde veintidós países aceptaron la invitación a participar. Como corolario de esta emprendeduría, la ciudad condal rehabilitó el Parque de la Ciudadela y, además, quedó como legado otras importantes obras que ayudan a otorgarle identidad a la villa mediterránea —el célebre monumento a Colón y la urbanización del Paseo Marítimo, la iluminación con energía eléctrica de mu-

chas de sus avenidas, entre otros. El modernismo se impuso en el diseño y construcción de las nuevas edificaciones y, junto con el ya imperante estilo gótico, contribuyeron para que Barcelona muestre con urbano orgullo *nuevos prodigios*.

L'Eixample, es decir, el Ensanche, también realizó su aporte para la cimentación de una Barcelona moderna que, sin embargo, no es muy del agrado de los antiguos ciudadanos que experimentaron un cambio significativo en su cotidiano vagabundear por la ciudad. Luego de muchos *ires y venires*, el proyecto se puso en marcha en los términos en que los técnicos urbanos de Madrid prescribieron. Mendoza pone en boca del alcalde el rechazo al proyecto impuesto por Madrid, que los ciudadanos no blandieron, y evalúa el impacto que, en su criterio, El Ensanche tuvo sobre la otrora apacible y cálida Barcelona. Leamos:

“Los años se encargaron de probar que, de todos los protagonistas de esta leyenda, con la excepción del alcalde del pueblo que siempre va a la suya, el alcalde era el único que tenía la razón. El plan impuesto por el ministerio con todos sus aciertos, era exageradamente funcional, adolecía de un racionalismo exagerado: no preveía espacios donde pudieran tener lugar acontecimientos colectivos, ni monumentos que simbolizasen las grandezas que todos los pueblos gustan de atribuirse con razón o sin ella, ni jardines, ni arboledas que incitasen al romance y al crimen, ni avenidas de estatuas ni arboledas ni puentes ni viaductos. Era una cuadrícula indiferenciada que desconcertaba a forasteros y nativos, por igual, pensada para la fluidez del tráfico rodado y el correcto desempeño de las actividades más prosaicas. De haber sido realizado tal y como en principio se concibió, habría resultado al menos en una ciudad agradable a la vista, más confortable e higiénica; tal y como acabó siendo, ni siquiera tuvo esas virtudes”.

Barquisimeto y Ramón Guillermo Aveledo

¿Somos nosotros un invento de Barquisimeto? ¿Nos ha creado la ciudad a su imagen y semejanza? ¿Somos hechura de estas calles y estos modos y este paisaje árido por dos lados y verde por los otros dos? O, al contrario, ¿Es Barquisimeto nuestro invento? ¿Nos imaginamos una ciudad y la habitamos y hablamos de ella, sin que necesariamente sea realidad? ¿Es Barquisimeto un espejismo en nuestro cariño? ¿Es una creación de nuestros recuerdos? La verdad anda a caballo entre las dos posibilidades. A las dos preguntas es posible responder que sí. Y no hay contradicción, sino verdad. Barquisimeto nos hace, y nosotros la hacemos. Nos inventa y la inventamos.

RAMÓN GUILLERMO AVELEDO

Las ciudades como las gentes poseen su aquí y ahora, su allá y entonces; Barquisimeto no es la excepción. Fundada en 1552 —lo que la convierte en una de las ciudades más antiguas de Venezuela— por el segoviano Juan de Villegas, a objeto de rendirle homenaje a su ciudad natal, tuvo como nombre originario el de Nueva Segovia y se completó con el toponímico de Buria, nombre de la zona originaria donde se localizó el naciente villorrio. Esta

puebla inicial sirvió de apoyo a la explotación de las muy buscadas minas de oro, a fin de satisfacer el auri *rabidi sitis* que caracterizó la gestión del conquistador español. Este asentamiento germinal no duró mucho tiempo, debido al agotamiento de las minas de oro, y a las enfermedades y epidemias que fueron diezmando a sus contados moradores, obligando a los sobrevivientes a emigrar, en 1556, hacia un nuevo sitio llamado El Carabalí, donde finalmente se erigió la ciudad que finalmente llevaría el nombre de Nueva Segovia de Barquisimeto, o de Variquisimeto, de acuerdo con la voz aborigen, conocida hoy más coloquialmente como Barquisimeto.

Aveledo, vestido de cronista de la ciudad, cita las distintas denominaciones que a lo largo de su existencia le han endilgado escritores y otras personalidades ligadas a su ciudad: “Luis Beltrán Guerrero decía que era ciudad “Clara, abierta, hospitalaria, sonora sin ser ruidosa”, Eligio Macías Mujica, uno de nuestros grandes periodistas de todos los tiempos, llamaba a esa virtud la “hospitalidad creadora”. El Hermano Luciano, hermano de La Salle nacido en Francia, educador notable, clasificaba a los alumnos del colegio fundado por su orden religiosa en 1913, en barquisimetanos y barquisimetidos, pues los venidos de fuera eran un grupo significativo. Así nació esta denominación alternativa que es afectuosa, y hasta donde conozco, única en el mundo. Baquisimetido no distingue de barquisimetano, premia la voluntad de permanecer de un visitante y conjura el concepto discriminatorio de forastero, porque incorpora a la barquisimetidad”. Y también cita al poeta barquisimetano por antonomasia: “Yo pertenecía a un pueblo de grandes comedores de serpientes, sensuales, vehementes, silenciosos y aptos para enloquecer de amor”. No son palabras más. Pertenecen a la alta poesía de Rafael Cadenas. Palabras mayores”.

El cronista en estreno complementa para satisfacción de visitantes, ciudadanos, turistas y lectores, otras denominaciones de su amada ciudad natal, a saber: “Capital musical de Venezuela, ha sido llamada Barquisimeto. También capital del desarrollo, ciudad

baldía, “pueblo de pulperos enfranelados”, ciudad de las cinco vocales y, como más gusta y por eso lo repito a cada rato *sede de la hospitalidad creadora*”.

Y más versado, sagaz, conocedor y perspicaz, Aveledo confirma: “Todos queremos que cuando nos hablen de nuestra ciudad, nos hablen de esa ciudad, De la que nos hemos inventado. Por eso no hay versión que nos complazca. Por eso siempre faltará ese detalle o sobrará aquel en la versión ajena. Porque cada uno vive su propia ciudad. La conoce, la reconoce, la respira, la sueña, Y la ciudad es distinta según los ojos que la miren y según la vida que uno viva en ella”.

Ramón Guillermo nos platicará entonces de su ciudad, de **su Barquisimeto**, único, personal e intransferible, pero no exento de poder ser compartido, comunicado, saboreado y leído.

El escritor es un transeúnte a ultranza, un caminante incansable, un ciudadano solidario, un viandante pertinaz, un peregrino apasionado de su Barquisimeto natal. El propio Aveledo sin remilgos lo confirma: “Desde la correspondiente partida de nacimiento, expedida por la Alcaldía del Municipio Concepción, he pateado todas las calles barquisimetanas. Mis horizontes han crecido, también la ciudad, hacia donde sólo había cardonales. Unión hasta Carorita, y El Cují y Tamaca por donde había piñales; Catedral y Concepción claro, del Turbio a la Ruezga, y Juan de Villegas hasta la Concordia, casi hasta el distribuidor el Rodeo, mucho, mucho, más arriba del Obelisco que era lejos cuando era un muchacho. No hay barrio que no conozca, ni bodega donde no haya bebido un fresco, ni puerta que no haya tocado. En Barquisimeto fueron todas mis primeras veces (...) Barquisimetano soy. Me gusta”.

Sin empachos nuestro escritor expresa que nació en una ciudad “de dulce de higos pelados en teja (...) de café y de pandetunja, de acemitas”. Una ciudad austera en la que no se despilfarraba el

dinero que se obtenía con dificultad, donde los zapatos se componían y la ropa se zurcía, de libros forrados para que durarán, de ropa que pasaba de los niños más viejos a los más jóvenes, donde el lema de las madres era: “cuida mijo para que dure”, de saraos en salones bien iluminados, y permanentemente vigilados por las matronas a fin de que no hubiese un apretuje de más o un bolero pegao y evidente, en fin, una ciudad en la que el niño Ramón jugaba metras, bailaba trompos y volaba papagayos.

La Barquisimeto del joven Aveledo era la mar de apacible, reseña el escritor como se manifestaba la envidiable calma urbana y el perdido sosiego citadino: “En mi barrio pasaban pocas cosas, que es una manera de decir que nunca pasaba nada. Cualquier pequeño evento se transformaba en noticia, comentario en la bodega de la esquina, en aquellas calles donde la sirena de la galletera decía que era hora de irse a clases y pasaba, sin falta ni complejo por el colesterol, anunciando en rítmicos pregones su mercancía, un chicharronero en bicicleta”.

Una ciudad pacata, provinciana, adusta y religiosa que devociona con inusitado fervor a su Patrona, “que estrenaba para recibir a la Divina Pastora en su procesión que subía por la Calle del Comercio, precedida del señor aquel con la vara de madera para apartar los cables. Que guardaba rigurosamente las fiestas de guardar y jugaba carnaval con agua”.

Barata, amigable, cordial, austera, sin estruendos ni lujos innecesarios, la ciudad del barquisimetano era una: “que leía poesía y vendía queso de chivo, componía música y fumaba chimo. Que se desayunaba con suero y arepa y que no tenía prisa porque todos los días se parecían al otro y lo que no cupiera hoy cabría mañana. Una ciudad de locha, medio y real (..) de plazas cercadas y limpias, con placeros celosos, a donde iban de visita los estudiantes, los echadores de cuentos y los enamorados”.

Ese Barquisimeto evocado con esplendidez de amante y visto con los benignos ojos del recuerdo, ya no es el mismo —*bélas*—, Aveledo entre esperanzado y resignado comenta: “A esa ciudad la he visto cambiar. A veces a paso lento, y otras con ritmo apurado. A veces con claro sentido de progreso, y otras con sabor de retraso. A veces buscando soluciones y otras aumentando las complicaciones. Pero la he visto cambiar. No hay duda. Ya no es la sencilla ciudad provinciana de mi infancia y juventud sino una urbe compleja y desafiante”.

Nuestro cronista afectivo, evoca, rememora, disfruta entusiasta y radiante de la remembranza de sus años mozos y no tanto, cuando pateaba el balón de fútbol en el colegio para después batear pelotas de béisbol en la calle, así como sus estudios en silla de lona en el Parque, interesado también en ver pasar —y piropear presumimos— a las muchachas del María Auxiliadora o las de la Inmaculada.

Siempre goloso Ramón Guillermo recuerda que sus grandes celebraciones eran una parrilla de la veinticuatro o unos dulces de la Oro, también admite la pequeña triquiñuela que cometía a diario con el dinero que le daban sus padres para el pasaje, de ida pagaba el transporte y de regreso se venía a pie desde el colegio hasta su casa, y con el dinero ahorrado se compraba unos chocolates o un bocadillo de guayaba, no las conservitas de la misma fruta que venían con barajitas. Al cine iba en familia, solo, en cambote o bien acompañado; eran tiempos de baratura y de seguridad ciudadana, la especulación y el hampa todavía no hacían de la suya permitiéndole al escritor y sus compinches disfrutar de largas conversas hasta tarde en la noche, bajo la mortecina luz de un poste del alumbrado eléctrico. Buen conversador como es presumimos que los temas de conversación y las argumentaciones no escaseaban.

Lector siempre fue como lo confiesa, a pesar de las escasas librerías existentes en la ciudad, “nos las averiguábamos para leer”.

De leer a escribir el adolescente Aveledo pasó a ser redactor del semanario *Juventud* que duró dos escasos números —no por falta de papel como ocurre con los periódicos venezolanos en una inconcebible Ley mordaza que aplica la Revolución Bolivariana— sino por falta de financiamiento. De todas formas, esa iniciativa y esos primeros pinos serán la base del escritor y columnista que es Ramón Guillermo.

El béisbol —como todo buen venezolano – lo lleva Aveledo en su sangre guará, fanático educado, conocedor del juego y de sus intrínquilis, de los dueños de equipos, de peloteros y managers, su pasión la convirtió en oficio gremial, presidiendo la Liga Venezolana de Béisbol Profesional, donde hizo todo lo posible —difícil debe haber sido – para no privilegiar a sus admirados Cardenales de Lara; más complejo hubiera sido el asunto si los Medias Rojas de Boston formaran también parte de la liga venezolana. Sin embargo, en texto inédito, el fanático larense expresa: “Hay una cosa como religiosa en eso de ser cardenalero. Una conexión con la fe que es el salvavidas para el sufrimiento y la promesa de salvación. Ser cardenalero es como rezar el Rosario, porque tiene misterios dolorosos, gozosos, luminosos y gloriosos”. El escritor confiesa sus tempranas valentías, cuando: “Ir al estadio requería actos de coraje, como pasar el Olimpo, cuya pandilla era legendaria y temida. Y comenzó entonces una larga, larguísima, interminable espera que jamás adivinamos que duraría tanto, hasta que en 1991 alcanzáramos la tierra prometida del banderín imposible”.

Para los que somos lasallistas de pupitre y corazón, el Colegio de la Salle “tan querido, aquí nos tiene hoy vibrantes de emoción”, reza su himno que no está muy alejado de la realidad. Ciencia y virtud es el lema que ostenta con honor la institución religiosa en la que Aveledo se forjó como alumno y ciudadano. Evoca el escritor: “En la misma primaria me cambiaron para el Colegio La

Salle donde seguí hasta terminar tercer año y me fui a graduar de bachiller en Humanidades en el Lisandro Alvarado”.

No oculta el autor su admiración y respeto por el colegio y sus maestros, rememora y se emociona en la celebración de los 75 años de su colegio formador: “Recuerdo cuando crucé sus puertas por primera vez. Eran enormes. Pero inmediatamente estaba el patio abierto y los corredores y el valle formidable y los muchachos jugando, y todo adquiría un aire hospitalario (...) Pero recuerdo sobre todo el futuro. El futuro. Ese optimismo fundamental que animó a San Juan Bautista De La Salle a fundar la congregación; y a los hermanos Facundo Tomás; Juan, Aristides y Urbano, primero; y Nectario y Luis inmediatamente después, al hacer el viaje a esta ciudad, destino improbable cuando el almanaque señalaba que era 1913, para abrir las puertas de una escuela, de una esperanza para una Venezuela mejor (...) La enseñanza lasallista se resume en este párrafo (...) Despertar en el hombre la atención hacia el mundo y hacia la vida; moverle a maravillarse ante la belleza de la creación, las multiformes riquezas del arte, las conquistas de la ciencia y de la técnica las elucubraciones del pensamiento, la variedad de la civilización; ayudarle a descubrir la alegría y la amistad y disponer con ello a darse a los otros, es conseguir, en concreto, que descubra el verbo de Dios”.

Por supuesto que una ciudad es también su gente, los barquisimetanos y los barquisimetidos, los de allende y aquende que han contribuido a darle fisonomía espiritual; en el enorme obelisco del afecto de Aveledo no faltan expresiones de admiración para homenajear a escritores, músicos, científicos, prelados, médicos, artistas visuales, poetas e instituciones como entre otros: Rafael Cadenas, Antonio Arráiz, la Orquesta Mavare, Tamayo, el obispo Montes de Oca, Sigala, Rodrigo Riera, Monseñor Zaini, Eligio Anzola Anzola, Pastor Oropeza, Enio Anzola Giménez, Pio Tamayo, y el inefable “catire” Claudio de la cantina lasallista.

Villas, Pueblas y Escritores

Finalicemos esta visita de la Barquisimeto de Ramón Guillermo Aveledo con esta dicente cita:

“Bajo el cielo encapotado de los amaneceres. Bajo el sol abrasador de los mediodías. Bajo los tonos insólitos del crepúsculo. En medio de las noches que se me antojan más estrelladas. Por aquí andan mis rastros, mis nostalgias, mis mejores risas, mis esperanzas primeras. En los rincones, en las esquinas, hay trazos de lo que he querido y lo que he detestado, Aquí respiro, camino, mis memorias. Me reencontro con el que quise ser”.

Canoabo y Vicente Gerbasi

Mi ser en la vegetación era un miedo a convertirme en una estrella fugaz.

VICENTE GERBASI

Canoabo es para Vicente Gerbasi más que un pequeño, agreste y cordial pueblo ubicado en el Estado Carabobo. Para el poeta, Canoabo no sólo es referencia geográfica, patria chica, gentilicio último, es una manera de entender su vida y de expresarla en versos: “Este es el valle / rodeado de montañas / donde las aves / hacen círculos luminosos. / Cae el atardecer en nubes / que ahondan una mina de oro. / Las casas se reúnen / en un color solitario / gris-oscuro-malva / de un instante lejano / que siempre nos renace en la memoria”. Y para que no quedé ningún rescoldo de duda, Gerbasi confiesa a viva voz, sin ambages: *Yo soy Canoabo*.

Poesía pancanoabista que hace del desenterrado poblado su esencia para trascender el lugar, incluyéndolo, poetizándolo, convirtiéndolo en motivo suficiente de una obra donde Canoabo es todo y todo es Canoabo, es una poética del lugar, una comarca poetizada. Como bien lo expresa Patricia Guzmán: “no es un espacio indiferenciado, ni indistinto. Allí (nos) crece el árbol, la piedra, la casa. Allí cae el rayo y el tigre salta con la piel tatuada por palabras

de oro, inocentes. Allí cae el rayo y nuestros ojos saltan, se abren sobre el verdadero lugar (...) Porque el lugar es el Absoluto”.

Canoabo es pues, en la poesía existencial del poeta, un espacio vital y vitalista, un lugar que existe por sí mismo, “un lugar en sí”, pero sobre todo para la poesía, sin él, ella poco sería, es también por tanto “un lugar para lo otro” Canoabo es todo, todo es Canoabo. Escribe Gerbasi: “El cielo tiene grandes gallinas blancas / que flotan sobre un silencio de árboles. / En los patios caen chorros grises de granos de café / y su rumor es el rumor de la tarde. / Hay vacas lentas en las calles con yerbas, donde se reúnen niños desnudos / en torno a la vendedora de conservas de piña, / donde un anciano vuela una cometa de seda roja / con una ancha cola como un arcoiris. / Es cierto, el arcoiris anduvo ayer por las colinas húmedas. / Los sentidos brillaban en las frutas moradas del cacao. / Estuvimos mirando largo tiempo los pavos reales. / En ellos la tarde inicia una tristeza solar”.

Se solaza el poeta en la evocación, porque Canoabo es también una gran nostalgia que acoge lo vivido en esa felicidad germinal que se llama infancia, cuando se sueña para que la realidad sea también un bienvenido sueño. En este sentido, Lourdes Sifontes comenta: “tal vez la infancia buscada por Vicente Gerbasi sea esa edad perdida, esa niñez de la Humanidad habida en un tiempo anterior (o por haber en el futuro), ese trayecto del Alma a través de un universo histórico, ahistórico, total y particular, tal vez en un desgarrador intento del hombre por vencer a la muerte: origen, recuerdo, trascendencia; paseo por regiones cósmicas, históricas y telúricas”.

En efecto, Gerbasi ama su infancia, la versifica a fin de que no lo abandone, para que los adultos nos asomemos a los rincones de su paraíso perdido, definitiva y totalmente recuperado en su poesía. Afirma el poeta: “Te amo infancia, te amo / porque aún me guardas un césped con cabras, / tardes con cielos de cometas

/ y racimos de frutas en los pesados ramajes. // Te amo, infancia, te amo / porque me regalaste la lluvia / que hacer crecer los riachuelos de mi aldea, / porque le diste a mis ojos un arcoíris sobre las colinas. // ¿Aún existen los naranjos / que plantó mi padre en el patio de la casa. / El horno donde mi madre hacía el pan / y doradas roscas con azúcar y canela? // ¿Recuerdas nuestro perro que jugando / me mordía las piernas y las manos? / Nacían puntos de sangre, un pequeño dolor, / pero todo pasaba pronto con el sabor de las guayabas. // Te amo, infancia, te amo / porque eras pobre como un juguete campesino, / porque traías los Reyes Magos por la ventana. // Un día llevaste a la puerta de mi casa / un hombre de barba que, hacia bailar un oso a golpes de tambor, / y otro día le dijiste a mi padre que me regalara un asno negro. // ¿Recuerdas que tú y yo lo bañábamos en el río? / ¿Recuerdas que había una penumbra de bambú y helecho? // Te amo, infancia, te amo / porque me ponías triste cuando estaba enfermo, / cuando mi madre me hablaba de su tierra lejana. // ¿Recuerdas? Una vez me mostraste un eclipse a las diez de la mañana / y las aves volvieron a dormir. // ¿Existe aún aquel niño sin parientes / que un día bajó de la montaña / y me pidió el pan que yo comía en la plaza de la aldea. // Te amo, infancia, te amo / porque me dabas panales de miel en la casa de la escuela, / porque me llevabas al sitio donde vivían las vacas. // Te amo, infancia, te amo / porque me regalaste mi aldea con su torre, / y sus días de fiesta con toros y jinetes y cintas / y globos de papel y guitarras campesinas / que encendían las primeras estrellas más allá de los árboles. // Te amo, infancia, te amo / porque te recuerdo a cada instante, / en el comienzo del día y en la caída de la noche, / en el sabor del pan, / en el juego de mis hijos, / en las horas duras de mis pasos, / en la lejanía de mi madre / que está hecha a tu imagen y semejanza / en la proximidad de mis huesos.”

Confirma así Gerbasi en sus evocadores versos, lo sustentado por Hernán Garmendia: “Su poesía es la resultante de un fino y delicado temperamento abocado a las reminiscencias platónicas,

al dejo melancólico, a la actitud de quien fuera de exégesis e hipótesis intrincadas, logra, en la intuición lúcida de la poesía, una cosmovisión hipersensible”.

El villorrio es asimismo el sitio de los primeros afectos, de las iniciales querencias, de las bienvenidas caricias, del prolijo amor de la familia. Canoabo es un álbum de fotos familiar donde se muestra la devoción del hijo por el padre y por la madre; la complicidad con los hermanos; y el amor del padre que el poeta será por los hijos por venir, quienes también tendrán a Canoabo tatuado en su ADN. Al poblón de sus orígenes el poeta regresará acompañado de sus retoños para: “Descubrir de nuevo el caballo / en la luz vespertina del bosque; / vagar en su mirada de agua lenta / donde flotan pájaros heridos ; / encontrar el resplandor de los juncos, / el cielo de la paloma torcaz, / su canto perdido en las riberas fluviales / ver la colina roja de las piñas; / despertar bambúes en un ámbito de silencio, / cuando se oscurece el agua de las ranas; / seguir el vuelo de los caballos del diablo / en torno a una flor acuática; / tender alfombras debajo de los árboles, / adonde vienen los mendigos a dormir en el aire de las luciérnagas; / organizar un rebaño de pequeños asnos lanudos / y seguir con mis hijos entre el vuelo de las cigarras azules”.

El poeta evoca con ternura a la madre viva y amorosa, aquella que en “la luz azul en la sombra” le daba a beber una taza de chocolate mientras le hablaba de su Patria, y sufre —desolado y hasta los tuétanos— la inevitable partida física de la madre: comunica: “No sollozo, estoy atónito, / viendo colinas pétreas / por donde mujeres enlutadas / entre cujies, / (Por lugares antiguos / olivos del tiempo bajan / Bajan en lamentos por la muerte / y por la tempestad / y por relámpagos que van llorando tumbas) / Ha pasado el tiempo / está la casa sola / y sus maderas interiores / en una luz palpitante de candelas. / No sollozo, estoy atónito, / Ha pasado el tiempo. / Enterramos a la madre. / La dejamos allí bajo una lápida, / en una luz desierta de cujies”.

El rapsoda le canta también y principalmente al padre en su celeberrimo poema *Mi padre, el Inmigrante* que tantas loas y análisis críticos ha tenido desde su primera publicación. Luis García Morales anota: “La aparición, en 1945, de *Mi padre, el inmigrante* constituye para la poesía venezolana un hecho de singular relieve y vino a reafirmar la calidad y consistencia del poeta que había en Gerbasi (...) Esta suerte de gran canto al ser y su aventura sobre la tierra, crónica de los sentidos y de la meditación sobre el hombre, establece —por su intención de formas, por los elementos que lo integran— los fundamentos orgánicos de una poética que Gerbasi continuará depurando y vigorizando hasta definir ese universo propio, esa melodía suya, ese largo y armonioso poema que es todos sus poemas”.

El escritor, sin remilgos, precisa suficientemente el objetivo único y fundamental de su largo himno elegíaco y celebratorio: “Mi padre, Juan Vicente Gerbasi, cuya vida es el motivo de este poema, nació en una aldea viñatera de Italia, a orillas del mar Tirreno y murió en Canoabo, pequeño pueblo venezolano escondido en una agreste comarca del Estado Carabobo”. Gerbasi hijo demuestra sin ambages su admiración por Gerbasi padre, cuyo tránsito entre dos comarcas físicas de Italia y Venezuela versifica para departir con dos patrias chicas que, al final, se resuelven en una sola: la de Canoabo: “Sabías soportar las lejanías, siempre del corazón. Sabías llegar”. El padre es igualmente añorado por el hijo en su vida y en su muerte, José Barroeta sostiene: “la idea de que Gerbasi hubiese tomado la vida y la muerte de su padre como un camino que le permitiese juntar, dentro de un gran poema, geografías distintas y que, sin embargo, le resultan familiares”.

Remo Ruiz, por su parte, expresa: “Dos características referentes a la figura del padre se manifiestan ya en estos versos: el refugio que ofrece su memoria para el poeta inmerso en su soledad, y el tratamiento poético que hará del padre un ser mítico, recreado y cambiante en cada evocación. Figura que trasciende los límites

humanos y se instala en una dimensión superior acorde con el alcance metafísico del poema. De esta manera, el padre no es sólo el progenitor del poeta, sino —lo que es más importante— la causa primordial del poema. Su luminosa sombra se despliega al largo de todo el texto, asumiendo las más diversas formas, los recuerdos más diversos. Bajo esa condición su ser se vinculará a los objetos, a los elementos y a los estados de ánimo”.

El conmovido poeta asienta entonces: “A veces caigo en mí, como viniendo de ti, / y me recojo en una tristeza inmóvil, / como una bandera que ha olvidado el viento. / Por mis sentidos pasan ángeles del crepúsculo / y lentos me aprisionan los círculos nocturnos. / Venimos de la noche y hacia la noche vamos. / Escucha. Yo te llamo desde un reloj de piedra, / donde caen las sombras, donde el silencio cae”.

Emociones de otra naturaleza: recelos, dudas y desconfianzas acompañarán también al poeta que trae —desde los miedos que acompañaron su infancia— murciélagos, serpientes, alimañas de todo tipo, víboras, alacranes y hasta fieros tigres que acechan en la oscuridad de los bambuzales. Ya lo precisaba el propio escritor: “Nuestra poesía no puede ser sino plena de misterio. Ha de contener los símbolos de nuestro maravilloso mundo. Tierras ásperas, peligrosas, habitadas por fuerzas ocultas, tierras casi desiertas, tierras de la melancolía y de la tristeza, de la angustia. Su realidad es el misterio, la magia, el encantamiento”.

La poesía de Gerbasi es fiel testigo de esos misterios ocultos, digna exponente de sus aprensiones, escrúpulos, cautelas y miramientos, el poeta, despavorido, escribe sublimando sus melindres: “Oigo como una sombra de fuego por el cielo, / como una nuez abierta de nubes y relámpagos, / como un cerebro oscuro de ruidos minerales. / Oigo las arboledas que bajan por los montes, / el furor de las rocas, la humedad del helecho. / pasa una luz de miedo por las casas de campo / y al fondo del granero el maíz se ilumina / y

bajan como un río sonando los bambúes. / Serpientes incendiadas recorren los naranjos. / Oigo la oscuridad de la gruta, el asombro / de las bestias, y el vuelo de las aves nocturnas. / Cien venados de luz huyen por la llanura, / cien palmeras levantan reflejos siderales, / y el rumor va corriendo como caballos negros. / Yo soy la soledad resonando en el valle, / la soledad que mueve ramajes en la tarde, / Sonidos de penumbra impulsan las espigas / hacia el fondo del día, hacia tristes arenas. / Cabelleras de espanto flotan en el crepúsculo, y el viento y la llovizna arrastran por la calle / de los ciegos, papeles y lumbres de las piedras. / Soy una resonancia de la sombra, y el tiempo / sopla contra las puertas, y manos invisibles / abren grises ventanas, y niños escondidos / oyen el cielo. Sopla la sombra en los aleros / y avanza como un órgano de oscuras catedrales. / Crepuscular sonido de la piedra y de las torres. / Sonido de vitrales en llama por el cielo. / Sonido de la furia sobre las sementeras, / Sonido de lejanos juncales vespertinos / que miro en el silencio de los ojos del buey”.

Rezoes, plegarias, rogativas, adoraciones e invocaciones se hacen presentes además en la poética sugestiva del poeta. La religión con la trascendencia, un Dios personal y sin pretensiones, un Dios amigo que no recrimina sino aconseja, un Ser Superior próximo, vecino, cercano, es rescatado por Gerbasi de la sacra intimidad de sus espacios interiores para trasladarlo a los espacios cálidos de su poesía: “¡Dios, / adornado con barba de nubes / en medio de girasoles planetarios, / inventando cometas, / heliotropos en los crepúsculos, / fascinaciones en el nadar de los delfines, / quisiera hacer poesía para ti, Dios! // Te invoco en la noche / y en el viento del mar, / en una oscuridad de relámpagos, / en el infinito de un velero, / y en mi soledad / que muere en las olas / sobre la arena, / entre sus caracoles // Eres solo, Dios, / en mi conciencia, / y en mi iluminas tus tronos de tempestad, / velero a velero, / árbol a árbol, / todos ensimismados / en la luz de la cinematografía nocturna. // Y pasa la tempestad / al lento resplandor de la aurora,

/ dejando limpios colores a la orilla del mar / y en los campos, /
con una cruz simple / sobre mi tumba”.

Fernando Paz Castillo, ante la magnificencia y sencillez de este poema invocador de la Divinidad, comenta: “El lector, concluido este poema, todavía con el rumor íntimo: misterio —vida, muerte— en las pupilas sin duda se preguntará, pienso yo, ¿este bello lenguaje es el de un niño asombrado entre recientes emociones o el de un viejo en plenitud de sabidurías? Pero la respuesta no se hace esperar. De uno y de otro, ¡porque se trata de un poeta! “

En larga y enjundiosa entrevista realizada al poeta por Carlos Ochoa, Reynaldo Pérez Só y Adhely Rivero, publicada en 1985, en las páginas de la revista *Poesía* 62/63, se le preguntaba a Vicente Gerbasi:

“Y, para terminar, ¿Canoabo es algo que ve con nostalgia o algo que vive dentro de Ud.? ¿Es un Canoabo mítico?”

Claro que hay nostalgia. Parte de nostalgia, yo tengo nostalgia por Canoabo, no porque yo quiera vivir allá en Canoabo, ya no me interesa vivir allá. (...) Es que Canoabo está en mí. Ya no necesito tener nostalgia de él, es mi alma.

¿Ud. es Canoabo?

Yo soy Canoabo”

Al tenor de su poesía, mucho más enfáticamente ha podido concluir el poeta:

¡Yo soy Canoabo, Canoabo soy yo!

Carora y Guillermo Morón

Esta ciudad de Carora toca al oriente, por
donde nace el sol,
en el preciso lugar donde se encuentra el
sitio denominado El Yabito,
porque de antiguo ha crecido allí un árbol de
Yabo, un árbol ceniciento, macilento,
de hojas pequeñas comestibles para los reba-
ños de cabras que existen en estas comarcas
carorenses.

GUILLERMO MORÓN

La villa Nuestra Señora de la Madre de Dios de Carora es la urbe que convoca los recuerdos más sentidos y emotivos de Guillermo Morón, quien en su novela *Las Espuelas del Gallo de Oro* reitera que esa villa es auténtica patria chica y orgulloso gentilicio estricto. Esa ciudad habitada por “godos grandes carajos, por cara – coloradas hijueputas”, fue la que albergó tanto las travesuras juveniles como las lecturas decisivas del narrador, quien a muy temprana edad “estuvo en la tienda de Polo a buscar un libro de Historia, los libros están apilados en la trastienda, sopotocientos libros, impresos en

España, impresos en una ciudad que es la más grande de todas las ciudades fundadas por los españoles cuando fundaron también a Carora, llamada Buenos Aires.”

Carora se jacta de conservar intactos los mismos linderos desde su fundación, el 15 de octubre de 1569, así como de exhibir el linaje de unos apellidos —Riera, Zubillaga, Perera, Oropeza, Álvarez, Herrera y los que faltan para completar los veinte recogidos por el genealogista de la villa— que se mezclan entre sí, se entrecruzan una y otra vez, para dar origen a ese caroreño blanco, godo, colorado y peculiar, muchas veces genuino pero no legítimo: “de sangre azul conocida, cristianos viejos probados, ni turcos ni negro ni judíos ni indios ni protestantes, Jesús amén, sólo caroreños antiguos y principales” y nunca a los otros, los ilegítimos, los pecaminosos: “los hijos naturales ni los pardos del siglo XVIII que, aunque se hacían pasar por honorables y blancos eran todos negros, descendientes de esclavos, que las familias les permitían usar sus nombres y apellidos.”

En fin, ese caroreño genuino, blanco y legítimo, también se caracteriza por proferir palabras gruesas y agresivas, no necesariamente malas palabras, aunque sí gritadas: “como si tiraran pedrugones con la lengua.” En efecto, recuerda el escritor: “Cuando un Álvarez habla por el teléfono de manigueta desde la hacienda que tienen en El Blanco, en las cabeceras del río, se escucha el escándalo en Carora y en los pueblos vecinos, no necesitan usar el teléfono ni mandar recados para los peones, se ponen a gritar y todo el mundo se entera de que no llueve en la hacienda, que los pozos de agua están secos, de que esos carajos peones son unos perezosos, que si no aumenta el precio de la leche a esto se lo llevó el diablo, que cómo va a ser eso de dejar entrar al Club Torres a ese negraje de Barrio Nuevo, Carora se acabó, no puede ser, entonces nos tendremos que ir de aquí, los vozarrones de los Álvarez aumentan el calor de la ciudad, ah buena vaina, carajo.”

Carora es sinónimo de agobiante e inclemente calor —“continuo, día y noche, desde enero a diciembre, apenas bate el viento por la tarde, con cierto ruido de borrasca”— sólo comparable con el de los desiertos más inclementes del planeta: el conocido Sahara, el inquieto Sahel o el más lejano Gobi: “Porque lo que pasa lo sabe todo el mundo, aquí abajo en esta maldita tierra y allá arriba en ese maldito cielo, un cielo maldito, que no hace sino relumbrar, echar sol como si no tuviera otro oficio, como si en lugar de ser el cielo fuera el infierno.” Francisco ha sudado ese calor, a chorros lo ha sentido correr por su pequeño y enjuto cuerpo de niño precoz, dotado de “unas nalgas poco atractivas, más bien flacas, los huesos se adivinan debajo del pantalón sin calzoncillos, carne magra, como un firulí el cuerpo pequeño de Francisco, pero reluciente el rostro, ágiles los movimientos, oscuros y brillantes como estrellas los ojos, el pelo negro, el perfil de su abuela materna, respingada la nariz, te pareces a Simón Bolívar le dijo la maestra Teresa Molero y desde ese día sus compañeros le pusieron chapa de oro con él está bien, Bolivita, hola Bolivita, Francisco tuvo que agarrarse de nuevo cuatro horas en El Pajón con Amorfiel Martínez para quitarse la chapa de encima.”

Un calor permanente y un río agazapado caracterizan a esa villa de Carora que Francisco se conoce de memoria, al dedillo, de pe a pa, en cada uno de sus detalles, de tanto recorrerla, caminando, dando brincos, saltando de una acera a la otra, a pleno sol o en la cómplice oscuridad de las sombras, volando ligero:

“tomé la decisión de mirar desde arriba todas las casas, en vuelo despacio, no como los pájaros, sino agachado, agarradas las piernas con las dos manos. Pero la mano derecha, suelta para pasar por encima de las maporas de la plaza y más alto que la torre de San Juan”.

En fin, vagando a sus anchas por unas calles que conoce al pelo y que puede recitar, una a una, con los ojos cerrados, visitarlas

de nuevo con la imaginación como si estuviera consultando un preciosista portulano o las vías mostradas en pantalla por el más eficiente buscador satelital. Rememora Francisco las calles de la ciudad de poniente a naciente: “la calle Bolívar, la Zamora, la Torres, la Carabobo (...) la calle de La Paz, la Miranda, la Democracia que le cambiaron el nombre, la Libertad que también le pusieron otro nombre por si acaso y no se alcen los caroreños son todos gobernadores, por eso hay que mudar los nombres federales de las calles transversales, la Calle Falcón, ¡quién ha visto! que es la primera cerca del río, paralela claro está a la calle del Comercio las dos capillas en sus puntas, luego la calle real y principal, que es la de San Juan, toda hecha con casas sagradas (...) la calle Bruzual quién será ése, la Sucre más arriba que no le han cambiado el nombre al Mariscal de Ayacucho, Monagas cuál de los dos será, debe ser el libertador de los esclavos, que nos echó ese tronco e vaina de dejarnos sin esclavos, la calle Federación ésa sí ya dejó de llamarse así (...), y la última que era la calle Independencia, porque de ahí para arriba ya es el trasandino y la carretera trasandina de tierra...”

Pero no hay calle verdadera, genuina, sin sus habitantes y sus moradas, esas edificaciones, esas viviendas de particular estilo que le otorgan especial identidad a Carora, verdaderas casas sagradas que el escritor visita con ánimo de urbanista del espíritu, de antropólogo de la historia caroreña. Siempre dispuesto a trasladarnos vivazmente a la villa de sus afectos a través de sus emotivas evocaciones, Morón explica minucioso, detallista, reparón, que una casa sagrada caroreña tiene: “portón y anteportón, con lo cual se da existencia de presente al zaguán. Las casas sagradas de la ciudad, donde viven los godos, tienen todas zaguán (...) todas las casas caroreñas tienen y deben tener esa entrada entre el portón que es la puerta principal de la morada y el contra —portón o segundo portón que es la puerta con acceso final hacia el interior sagrado de la casa (...) en Carora hay como mil casas, unas doscientas serán casi sagradas, donde viven los blancos de la plaza, las diversas clases de godos, que unos son llamados Chuios y otros son llamados

Chuaos, eso no quiere decir gran cosa sino que unos son más godos que otros, no es que sean más blancos ni más caracolorás, sino que lo hacen para pelear los puestos públicos.”

El sol y el calor de la ciudad son objeto de variadas y sudorosas imágenes que dejan su indeleble mancha sobre las páginas que garrapatea el escritor. Morón advierte con estricta crudeza acerca de las consecuencias fatales que pueden producir los furibundos rayos solares del cielo de Carora sobre cualquier mortal negligente o irreflexivo. Para que estemos prevenidos aconseja: “a las diez aprieta el sol, hay que llevar sombrero aludo porque de lo contrario se achicharra la cabeza y se pueden quedar los huesos pelados entre los tejos de la playa, como huesos de chivo muerto, se mueren de sed, se los comen los zamuros y se quedan los cachos en la cabeza pelada en un sitio, más allacita las costillas y por los lados, todos regados, los huesos de las patas, todos tuyíos, desmigados por el calor, por eso hay que ponerse sombrero de cogollo bien alón, para que el sol no haga de las tuyas y lo convierta a uno en chivo muerto.”

Las villas poseen para temor de niños y adultos sus propios espíritus, sus apariciones o aparecidos, sus fantasmas: El Silbón, La Llorona “que llora inconsolablemente la muerte de su hijo muerto sin haber nacido porque ella misma le dio un gran manotón y el hombrecito (porque era macho, veis) le gritó desde adentro, ¿por qué me matáis antes de tiempo?”, el hombre del carretón, El Salvaje, La Sayona, El Maniador, pero solamente Carora muestra con orgullo a su espanto fundamental y sin comparación: el mismo Mandinga, un demonio sin amarras, el propio Diablo que todavía anda suelto en Carora. A tenor de lo narrado por Morón, la presencia permanente y libertaria del diablo en la ciudad infernal se debe justamente al calor insoportable que la define y le es consustancial:

“El calor se aposentó en la ciudad, el calor soltó al diablo, el diablo estaba bien amarrado en el solar del convento de Santa Lucía, el

convento franciscano; allí lo había dejado tuerto Santa Lucía de un bastonazo que le dio, cuando el diablo entró al oratorio donde estaba la santa dedicada a sus oraciones (...), en el convento estaba amarrado el diablo desde cuando se fundó el convento, tuerto y amarrado con fuertes cadenas en el tronco de un cují seco, con el rabo mocho, un franciscano se lo pisó, cuando Santa Lucía le saltó un ojo de un bastonazo, y entre los frailes lo dominaron a palos, lo amarraron con las cadenas de amarrar negros y lo dejaron en el solar, amarrado, sin darle de comer, más de doscientos años estuvo el diablo amarrado en el convento, hasta que se soltó y la culpa la tiene el calor, porque el día en que se soltó el diablo en Carora hacía más calor que en el propio infierno, cómo haría de calor que los caroreños, se acostaron, desnudos, empapados en sudor, a las diez de la mañana, como si fueran las dos de la tarde, que es cuando se duerme la siesta después de almorzar mondongo de chivo, cabeza de ovejo, caraotas caldúas, lomo prensado, longanizas, tajadas fritas, suero, queso raspado, arepas, y un chocolatico caliente, como hacía tanto calor, los caroreños decidieron desayunar como si fuera el almuerzo y todo el mundo se echó en sus chinchorros a dormir la siesta con ese inmenso calorón, todas las barrigas caroreñas repletas de mondongo ocuparon los chinchorros, sin una gota de aire, caliente el sol, despiadado encima de las tejas, implacable en la plaza y en las calles, los árboles se quedaron pasmados de calor, un gran silencio entró a las casas sagradas, el silencio del calor y de la siesta, todo el mundo con la barriga desnuda, la paloma apagada, los brazos colgando fuera del chinchorro, el calor se hizo dueño de la ciudad, para que el diablo soltara sus amarras, para que el diablo endemoniara el convento, nueve muertos con calor y sudor dejó el diablo en Carora el día que se soltó y ya no lo han vuelto a amarrar, porque el convento se cayó, los godos de Carora expulsaron al último fraile y Santa Lucía se quedó ciega...”

Sin embargo, otros entendidos en el asunto del Diablo de Carora como Don Pedro Nolasco de Álvarez dicen, en boca de Francisco

y con los presuntos cachos del diablo bien sujetos en sus manos: “El diablo se soltó de sus cadenas. Y comenzó a realizar acciones heroicas, de muy diversa naturaleza. Para vengarse de Santa Lucía que lo había amarrado en el tronco del cují, en el patio de su convento, comenzó a poner ciegos a todos los curas de la ciudad, y principalmente al Padre Francisco Ramos, que era Doctor en cánones, para que no pudiera ver quién era quién y así mandara para el infierno a los inocentes y remitiera en sacos de lona a los culpables para el cielo; luego el diablo confundió a unas autoridades con otras, para que se mataran entre sí. A unas autoridades con otras, para que se mataran entre sí, como en efecto se mataron, los Alcaldes Ordinarios pasaron por las armas al Juez de Comisos y el teniente Justicia de la Compañía de Volante, que también era el Buenaventura, le dio de puñaladas a los presos, de tal manera que se armó la sampablera. Y también el diablo, sólo por fuñir, sin otra intención, comenzó a cogerse a todas las mujeres de la ciudad, de lo cual se aprovecharon algunos maricos viejos y sabios y otros maricos jóvenes e inexpertos para hacerse pasar por mujeres, sólo por aprovechar. De modo que el convento de la Consolación, fundado en el barrio de la Greda, donde la ciudad repetiría su propia historia, con casas y todo, tuvo muchas reclusas santas, hijas adulterinas del diablo. Nada de esto se puede decir en voz alta porque es absolutamente pecaminoso y forma parte del Capítulo Décimo titulado *De las Prohibiciones y Fornicaciones* en el Libro Secreto escrito con mucho cuidado, amor de Dios, santo celo y curiosa preocupación, por el Ilustrísimo Señor Obispo Don Mariano Martí, cuyo capítulo se refiere íntegramente a la ciudad de Carora visitada por el Obispo, inmediatamente después de la fecha en que el diablo se soltó en Carora.”

Sea como sea, cuéntese como se cuente, entiéndase como se entienda, nárrese como se narre, desde aquellos lejanos, confusos y aciagos días en el convento de Santa Lucía, ningún visitante de la villa pregunta por el Dios de la ciudad, sino por el distinguido, célebre, famoso y suelto, Diablo de Carora.

Villas, Pueblas y Escritores

Culminados con excelencia sus estudios en la ciudad donde el diablo continúa suelto: “yo soy estudiante de puros veintes en todo, también en conducta, aunque tengo que pelear en el recreo”, más adulto, más persona, más seguro, con la indoblegable esperanza puesta, desde el instante mismo en que partió de Cuicas, en el logro de un porvenir diferente, el escritor, al momento de pasar por el Trasandino con destino a Caracas, en la parte alta de Carora, no quiso divisar la villa de su adolescencia:

“No quería ver las casas sagradas, cuando sea rico y doctor volveré, dijo a los catorce años Francisco, camino de la flor amarilla del araguaney, la flor del araguaney es amarilla, florea el árbol todo entero, se caen las hojas y la flor amarilla llena frondosamente las ramas. La flor del araguaney se cae al suelo a los quince días. Sólo quince días dura la flor del araguaney. Francisco no tuvo tiempo de recordar su infancia”

Ciudad de México y Alan Riding

“Sin duda México debe ser una de las ciudades más bellas fundadas por los europeos en cualquier hemisferio”, escribió Alexander Von Humboldt en 1803, maravillado ante los edificios de piedra, las amplias avenidas y grandiosas plazas, y escribió también que el lago de Texcoco y los pueblos que lo rodean le recordaban “los más bellos lagos de las montañas suizas”.

ALAN RIDING

No sólo narradores y poetas se han valido de la palabra para describir, analizar, criticar o loar a los pueblos, villas y ciudades que concitan su emoción, el ensayista Alan Riding, alejado de versos, rimas, tramas y personajes, también se vale del verbo para consagrar un sesudo estudio de la ciudad de México —donde residió por más de diez años como corresponsal del muy prestigioso diario *New York Times*—, en su libro *Vecinos Distantes*, publicado en 1985.

Sin muchos miramientos, el escritor inicia su observación citadina afirmando que “para ser el centro urbano más grande del mundo, la ciudad de México se encuentra en el lugar menos práctico de todos. Está situada a 2255 metros sobre el nivel del mar, rodeada de montañas y volcanes, asentada en una zona sísmica, hundién-

dose gradualmente en su subsuelo blando, lejos de fuentes de abastecimiento de agua, alimentos y energía, y literalmente, con poco oxígeno”.

Y es que, a pesar de todos estos contras y debilidades, la actual Ciudad de México, desde tiempos inmemoriales, ya estaba destinada a erigirse en el centro fundamental de actividades del muy complejo y extendido país. En efecto, el escritor precisa que: “La ciudad de México destaca porque la secular tradición del poder centralizado fue seguida por una fuerte explosión demográfica sin precedentes a partir de 1940. Es diferente, porque no hay ninguna ciudad del mundo que, hoy día sea mayor”.

Riding realiza un breve, pero fructífero recorrido por la evolución del apetecido emplazamiento de la actual megalópolis, desde que circa del año 200 a. C., Teotihuacán situó al altiplano como punto focal de la cultura política mexicana y precisa que: “en los siguientes mil años, la migración a la zona se incrementó, y para cuando los aztecas fundaron Tenochtitlán en una isla del lago de Texcoco en 1325, el valle de México contaba con muchos asentamientos de pueblos y ciudades. Los aztecas fueron más allá, y obligaron a una gran parte de Mesoamérica a reconocer a Tenochtitlán como capital militar, política, religiosa y comercial y, después de la conquista, en 1521, este sólo hecho convenció a los españoles de construir la ciudad de México en el mismo punto”.

Durante la conquista, la ciudad continuó desempeñando un papel protagónico y fundamental en la historia de la nación. Fue el muy digno hogar de virreyes, la sagrada morada de arzobispos, y la prestigiosa y codiciada residencia de una respingada aristocracia española, y, por supuesto, el centro político y administrativo de la extensa colonia de ultramar del imperio español, subraya Irving: “En México quedaba suficiente oro y plata para convertir a la capital en una elegante ciudad colonial”.

La expresa declaración de Distrito Federal de la ciudad de México, a principios del siglo XIX, luego de la Independencia, acentuó el concepto de poder centralizado. Es de hacer notar, que el crecimiento y la expansión de la megalópolis en ciernes se ralentizó durante la ocupación que sufrió tanto por parte de Francia como de los Estados Unidos de América. El periodista puntualiza que:” no fue sino hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando se reanudó su crecimiento, primero cuando se construyó el magnífico Paseo de la Reforma, desde el centro de la ciudad al castillo de Chapultepec y más adelante cuando se resolvieron los problemas de drenaje. Al mismo tiempo, la dictadura del general Porfirio Díaz reafirmó la influencia política de la ciudad de México, asegurando, por primera vez desde la Colonia, que todas las decisiones importantes que todas las decisiones importantes que afectaran a cualquier parte del país, nuevamente, se tomaran en el Palacio Nacional”.

Progresivamente la capital fagocitó al país, como boa constrictora y de lenta digestión, la metrópoli fue convirtiéndose en megalópolis creciente e incontrolable. El prolijo corresponsal, el minucioso analista, el escritor bien informado, reporta el gradual proceso de transformación que sufrió Ciudad de México: “El cambio urbano se dio primero con la Revolución (...) durante el conflicto tanto campesinos migrantes como ricos terratenientes empezaron a dirigirse a la capital, huyendo de la violencia en otros puntos del país (...) Muchos viejos “chilangos”, nombre que se da a los habitantes de la capital, recuerdan todavía como caminaban todos los días en una ciudad con aire limpio y fresco y cielo azul, viendo los volcanes, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, coronados de nieve detrás de los bosques de pinos que rodeaban la ciudad. Después, en el curso de las cuatro décadas siguientes, la ciudad se transformó”.

Riding precisa que tanto el crecimiento como la destrucción de la hasta entonces apacible y benévola capital, se debe fundamentalmente al inevitable cambio económico que experimentó México a raíz de la Segunda Guerra Mundial. La escasez de bienes inter-

medios y de productos manufacturados que, antes de la conflagración, se importaban obligaron al país a adoptar una política de “crecimiento hacia adentro”, endógeno, que se tradujo en la adopción de una firme política de “sustitución de importaciones”. El ensayista anota: “Después de la guerra, la industrialización para la “sustitución de importaciones” era la política oficial y ésta alentaba la constante migración de campesinos hacia las ciudades. Conforme la ciudad de México se expandía, su fuerza magnética aumentaba: tanto la inversión nacional como la extranjera se veían atraídas hacia el mercado más grande y los migrantes se dirigían al punto donde encontraban empleos”.

La macrocefalia urbana de Ciudad de México se acentuó, promoviendo ese monstruo de mil cabezas que, hoy en día, tiene una superficie de 1495 kilómetros cuadrados y se divide administrativamente en 16 demarcaciones territoriales o delegaciones. Su población es de 8.9 millones de habitantes aproximadamente; sin embargo, cuando se considera también la Zona Metropolitana del Valle de México, suma entonces una población total de más de 21 millones de habitantes, lo que la posiciona como uno de los mayores hervideros humanos y urbanos del mundo, y el más grande del continente americano.

Riding enumera los ingentes problemas que aquejan a la ciudad de México y a sus moradores y visitantes, destacando:

- La contaminación que se traduce en una nube grisácea que cubre el valle de México durante una buena parte del año. Esta aguda contaminación hace que los visitantes se quejen de “que les arden los ojos o les duele la garganta, o cavilan nerviosamente sobre las innumerables sustancias tóxicas que están inhalando”.
- La basura, la ingente cantidad de millones de desechos sólidos que se producen diariamente en la ciudad, es otro asunto muy grave

que preocupa a las autoridades y a los millones de habitantes de la urbe; su recolección es insuficiente. Riding señala que “en las zonas más pobres de la capital, donde los camiones recolectores de basura pasan ocasionalmente, los habitantes se ven obligados a quemar la basura con la esperanza de acabar con las ratas y las moscas. En los grandes vertederos al aire libre de la ciudad, las emanaciones bioquímicas en ocasiones encienden humeantes fuegos lentos que llegan a durar varias semanas, obligando a veces a la evacuación de los vecindarios cercanos”.

- El transporte urbano se suma a los agudos problemas que importunan a los chilangos. En este sentido, el escritor precisa que debido a la ubicación de las fábricas y de las moradas de los trabajadores industriales, así como de los edificios del gobierno y las oficinas particulares: “la mayoría de las personas atraviesan gran parte de la zona urbana de 800 kilómetros cuadrados todos los días para ir de su casa al trabajo o viceversa”. A este incesante desplazamiento, se añade que el tema del transporte público no ha sido atacado eficientemente, razón por la cual” quienes dependen de los transportes públicos cada día deben pasar por una odisea que incluye cuatro o cinco horas de hacer colas o de colgarse peligrosamente de los costados de los camiones, o de ser aplastados en el metro”
- La pobreza y la miseria con su inevitable secuela de violencia y delincuencia —al igual que en tantas otras grandes urbes de los países en desarrollo—, tampoco están ausentes de las penurias de Ciudad de México.

Empero, a pesar de sus muchos, acuciosos y agobiantes problemas, la capital de los Estados Unidos de México no ha perdido su ancestral donaire, su reconocido glamour, Riding así lo asienta, a objeto de que su análisis de la ciudad no sea el propio de la llamada prensa amarilla que destaca sólo lo protervo y las incorrecciones

de las ciudades del Tercer Mundo. Objetivo y sin intereses ocultos o aviesos, el muy reconocido corresponsal informa:

“La ciudad de México ha perdido mucha de su añeja elegancia de principios de siglo, pero su espíritu ha superado la metamorfosis. Esto no se puede ver fácilmente porque ha huido del tránsito estruendoso, las calles apiñadas y los crecientes barrios de consumidores de clase media. Sin embargo, se puede encontrar todavía un puñado de comunidades antiguas, y sobre todo en la vida de los capitalinos comunes y corrientes, generalmente pobres. Las tradiciones que diferencian a la ciudad de México de otras grandes ciudades —la arquitectura colonial, los mercados, la comida, la música, la dedicación a la familia y el tiempo de ocio, la formalidad civilizada, incluyendo la preferencia por un ritmo de vida lento — mantienen vivos su cuerpo y espíritu”.

Cumaná y José Tomás Angola

Barbas y cabellos tanto mecido
por los días de travesía lengua
que ya el mare no recuerda a los idos.
Pero agora los caminos temidos
de astrolabio y arenga
se hacen de golpe caminos perdidos.

* * *

Con el sol rabioso del mediodía
asando cabo corchado y chicote
aguas verdinas cuando en felibote
ancoré en la Nueva Andalucía.
Menuzas urcas sin altanería
galeotas con el velamen arlote
tan triste parece simple capote
mientras descansa la marinería.

En puerto del paraíso soñado
do los ángeles son aves hermosas
y el mar un manto de azul templado.
Y es que lo nunca antes imaginado
a no ser me digan que falseo cosas
aquí se hace delirio de afiebrado.

JOSÉ TOMÁS ANGOLA

José Tomás Angola Heredia es dramaturgo, poeta, narrador, director teatral, guionista, ahora se nos revela como bucólico ventrilocuo. *Los Legajos del Marqués*, no son de ningún Marqués, en realidad

son los suyos; le permiten al escritor concretar una elegía poética a la ciudad de Cumaná, en lengua cumanagota *unión de mar y río*, fundada oficialmente en 1521 por Gonzalo de Ocampo —aunque ya desde *circa 1515* utópicos misioneros franciscanos y dominicos crearon un poblado y construyeron un modesto convento— es con justicia considerada la primogénita del continente americano. Mucho nombre tuvo a lo largo de su accidentada y guerrera consolidación como villa: Nueva Toledo, Nueva Córdoba, hasta que finalmente se impone el originario nombre de Cumaná, formando parte de la extensa y muy rica Provincia de Nueva Andalucía.

Desempolvando viejos legajos escritos en castellano antiguo, el poeta realiza un verdadero ejercicio de arqueología lingüística para rescatar las voces y usanzas de la época de la conquista, utilizadas por la gente del común mucho antes —para nuestro bien o nuestro mal— de que la Real Academia de la Lengua uniformizara y regulara el habla, ahora idioma. Recoge Angola en sus legajos la nota inicial escrita de su puño y letra por “D. Cristóbal del Hoyo —Solórzano y Sotomayor, Primer Vizconde de Buen Paso y Segundo Marqués de la Villa de San Andrés, ilustre poeta tinerfeño”, apodado también “el aventurero venturoso”, “el Quevedo de Canarias”, cuyo revelador texto reza de este tenor:

“Así las encontré. Hojas leonadas escondidas bajo estoque, calaboza, contería de Taguache, boemios raídos, un coselete enmohecido, ruinoso talega, una Chaguala que algún salvaje le obsequió o él apropióse guerreando. Creí que serían sólo hojas sueltas de algún Auto. A lo mejor Probanza de haber asistido de mirada y oída a las maravillas de la Nueva Andalucía. Todo lo supuse, yo que fui vueso hijo. Pero e allí que he descubiert verso clarísimo pergeñado por él. Él que sólo berso había servido. Aunque me tenéis por travieso y díscolo, no se crea que estas hojas mías son. A él pertenecen. Y agora que duerme cual durmiente de sueño cristiano en esperanza de último día, yo le hago justicia y a luz saco, para avío de mi suerte y patronímico, este escrito. Y agora

reconozco que salí bardo porque de bardo él hubo ejercido. Y si yo espada como él manejo, agora sé que ambos pluma compartimos. Que la suya fue secreta y la mía con ruido. Ahí les dejo, lectores míos, las letras de un Marqués que soldado ha sido y yo jamás con musa e ingenio le hubiese creído. Ahora que yo soy, por herencia, el Marqués y él se ha ido.

Cristóbal P V C D B P”

Y menuda sorpresa recibimos los lectores contemporáneos de estos vetustos pliegos escritos —ahora lo sabemos con certitud de escribano poético de D. José Tomás— por “D. Gaspar del Hoyo – Solórzano y Alzola, quien en vida fuese el Primer Marqués de la Villa de San Andrés según reza en real despacho firmado por D. Felipe V y fechado en Madrid el 2 de enero de 1708”. Leamos el mamotreto inicial del Marqués de Angola:

“CARTA DE RECOMENDACIÓN A QUIEN OSE AVISTAR ESTOS VERSOS

Que no se me acuse de poeta sin haber cumplido. Yo, el más bizarro entre los bizarros. Puño de fierro. Alabarda en ristre. El primero que siempre acometió apicar. Que montonería supe desde niño. ¡Ay, cuántas escaramuzas sin peto! Ni falta hizo. Ya con mi alma de soldado tenía. Y yuso de la piel este corazón empeñado al Altísimo porque patrono del Convento de los Recoletos del Espíritu Santo de Icod he sido. Y fue a vuestra Magestad a quien serví con fervor. Serví á ella en las Islas de Thenerife, y la Palma, mas de veinte y un años, los diez primeros de Capitán de Infantería Española de una de las Compañías del Tercio, y Partido del Lugar, y Puerto de Garachico, en virtud de Patente del Governador, y Capitan General de aquellas Islas. Yo no era extraño desas comarcas. En desta villa de Garachico se me oyó llorar por vez primera al alumbrar desde las fuentes de mi madre. Y fue uno de mis grandes abuelos D. Hernando del Hoyo-Solórzano, valiente y

bizarro “mozo de espuelas” de D. Fernando el católico. Espuela dorada hubo de ser tenido. Y llegó como conquistador destas tierras en las que se me vieron pacer y berrear como crío. Passé al empleo de Capitán de Cavallos del Tercio de la Palma, en que serví interpoladamente mas de once años con entera satisfacción de mis Cabos Superiores, y Capitanes Generales de las referidas Islas, considerándome digno de las honras que me hiciessen, como con efecto se me confirió en las Indias el Gobierno, y Capitanía General de la Provincia de Cumaná en diez de mayo de mil seiscientos y ochenta y ocho, y exercí este empleo con toda aprobación. Fui a tierra americana a quedarme con el noble empleo que Don Gaspar Mateo de Acosta acometiera con fortuna que no toca acuento. Así exercí de primera jefatura de provincia, yo, un cavallero del hábito de Calatrava, un maestre de campo aburrido de los vientos de isla de mi nacimiento y presto a la aventura. Allí conocí de las calenturientas fiebres que me hicieron soñar lo que acá escribo. Padecí de sarampión cuando la peste inundó Nueva Andalucía y de Viruela cuando en el año del señor de mil seiscientos y noventa y cinco el castigo asoló la tierra a mí encargada. Así le escribí al buen rey Carlos II al Consejo de Indias. Conteles que con el sarampión no quedose muger con marido y al llegar la viruela tan sólo cinco poblados quedaron en pie y dellos muy despoblados. Fuese durante esos quebrantos que, calenturiento y malo, di en escribir destes versos. Y sólo sea la fiebre malsana la excusa de mi osadía de facer de poeta cuando soldado he sido. Mas no obviaré lira para cantaros de lo que estos sueños afebrados diéronme en cantar. Que en dellos la América toda se guarda. Sirva a Dios y a mi buen Rey este discurso y perdónenme poetas y bardos por la osadía pues Nueva Andalucía, Nueva Barcelona, Cumaná toda, quedáronseme en la sangre y sólo escribiéndolas habré de purgármelas.

Exegi monumentum aere perennius.”

La sorpresa y estupefacción que experimenta D. Gaspar a su llegada a la Nueva Andalucía, a la Tierra de Gracia, es la misma que plasmaron en sus cartas los conquistadores iniciales, al enfrentarse con un nuevo escenario humano y físico —un Nuevo Mundo— sin precedentes en sus vivencias y realidades, lo que dio origen a las célebres *Crónicas de Indias*, fuente del Realismo Mágico latinoamericano. El mismo descubridor Cristóbal Colón en carta enviada a su financista el sefardí Luis de Santangel, en febrero de 1493, cuenta:

“La Española es maravilla: las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares. Los puertos del mar, aquí no habría creencia sin vista, y de los ríos muchos y grandes y buenas aguas, los más de los cuales traen oro. En los árboles y frutos y yerbas hay grandes diferencias de aquella de la Juana: en ésta hay muchas especierías y grandes minas de oro y de otros metales. La gente de esta isla y de todas las otras que he hallado y he habido noticia, andan todos desnudos, hombres y mujeres, así como sus madres los paren, aunque algunas mujeres se cobijan un solo lugar con una hoja de hierba o una cofia de algodón que para ellos hacen. Ellos no tienen hierro, ni acero, ni armas, ni son para ello, no porque no sea gente bien dispuesta y de hermosa estatura, salvo que son muy temeroso a maravilla. No tienen otras armas salvo las armas de las cañas, cuando están con la simiente, a la cual ponen al cabo un palillo agudo; y no osan usar de aquellas; que muchas veces me ha acaecido enviar a tierra dos o tres hombres a alguna villa, para haber habla, y salir a ellos de ellos sin número; y después que los veían llegar huían, a no aguardar padre a hijo; y esto no porque a ninguno se haya hecho mal, antes, a todo cabo adonde yo haya estado y podido haber fabla, les he dado de todo lo que tenía, así paño como otras cosas muchas, sin recibir por ello cosa alguna; mas son así temerosos sin remedio. Verdad es que, después que

se aseguran y pierden este miedo, ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creería sino el que lo viese. Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen de no; antes, convidan la persona con ello, y muestran tanto amor que darían los corazones, y, quieren sea cosa de valor, quien sea de poco precio, luego por cualquiera cosica, de cualquiera manera que sea que se le dé, por ello se van contentos”.

El Marqués, por su parte, no se queda atrás en la descripción de las maravillas que fue encontrando en sus andanzas por Cumaná y sus cercanías, en verso rimado, el poeta venezolano habla por el ancestral poeta español:

“A orillas de Cumaná no hay pecado
mas los sacadores de la nueva era
hunden su notomía en la cantera
do sirenas dejan perlas a nado.

Llegaba el caballero alistado
empleada la aguja capotera
que yesca y pólvora poca no era
con que mucho había disparado.

Piqueros guerreando a indios sin fajina
aves de canto raro y vuelo contrario
y noches zorras y luna cansina.

Que todo era invertido y milenario
pues la beldad desta ciudad marina
es beldad como trinar del canario.

Ya conocía dessas vecindades perdidas
historias de desastrados y luchas fragosas

de chuchear tras animales de tierras montuosas
de pejes de faz extraña y hablas escondidas.

Yo con color pues veía más de mil Ducados
el escondido Dorado y los cayres indianos
y los Reales de plata y cientos de Castellanos
y Maravedíes y los Vellones ansiados.

Arrobaba el amarillo del deslumbrante oro
mis ansias pecadoras de hidalgo sin decoro
sin saber que no era la gallardía del toro
lo que siempre ha buscado con suerte el noble moro.

Y no sabía del capó de garzo quemado
ni los dientes del yarbé o caimán bautizado
del yaguare de pelaje ambarino rayado
de aquel tupoco salvaje o cangrejo llamado”.

Sin embargo, no puede ocultar el Marqués recién llegado al Paraíso Terrenal, su profunda y genuina nostalgia por el reino dejado atrás, en melancólicos, tristonos y mohínos versos, Gaspar se regocija a la vez que se lamenta:

“Calores foscos, hirviente tremedal
descastados céfiros chamuscados
lambisqueando mis carrillos dorados
y venía de Capitán General.

Hincando la bota en la costa de sal
gallardete en mano de adelantados
toda España cargada en mis costados
alcanzando tierra que no ha visto mal.

Cumaná, niña recién parida
era yo padre asombrado y prestado
desta la dicha criatura habida.

Ya vendría la memoria ida
para recordar el reino dejado
llanto al oír la guitarra tañida”.

Ya más afincado en la Cumaná de sus nuevas querencias, asediado por piratas, corsarios, bucaneros y filibusteros, aquejado por las fiebres y los delirios, asustado por las inclementes tormentas y los mortales terremotos, y acongojado por el dolor de ver su patria de adopción —ya no sólo su Nueva Andalucía sino toda Venezuela, incluyendo la malhadada del siglo XXI— a punto de fallecer, el Marqués escribe este desolado y casi postrero poema, que habla de sus angustias y esperanzas, de sus alegrías y tristezas:

*“Al borde del desfiladero de una ventana
en este fortín descastado de San Antonio de la Eminencia,
bajo los cabellos de una lluvia,
en las fauces de Cariaco,
con la amargura de Araya la tristísima,
conviven tormentas y chicharras.
Descienden los truenos en carros incendiados
y el martilleo de la luz sobre mares de vapor
acosa a una luna sacra.
Sobre la frontera
que se yergue más allá de esta fortaleza,
se baten las horas en un duelo con las luciérnagas.
Es este abismo de temporal
donde los pretores hechos relámpagos*

*se ensañan con las vírgenes que fueron estrellas,
y un agujero impúdico penetra la bóveda
por el que miles de lenguas
gritan naranja.
El péndulo rubio antes virrey,
duerme su magnificencia
entre los senos de una noche desesperada por parir,
y alguien, sabe Dios dónde,
sigue ordeñando las ubres del cielo.
Se cuecen rugidos y rayos en esta olla
y mientras se abogan los minutos en el patíbulo del véspero,
las vísceras del cosmos se revuelcan
y vomitan bilis.
Bilis que cae en techos de palma y tonsuras de cura,
en despechos indianos y cardonales,
en calzadas pedrosas y perros famélicos,
en bateles mohosos y en Cumaná la olvidada.
Bilis que apacienta locuras
y amasa el detritus de los puertos malélicos.
Bilis que santifica soldados y borrachos,
que bautiza niños y esclavos,
que abraza muros y cañones,
en este castillo cobarde de San Antonio de la Eminencia.
Bilis que reclama redención para una noche fosca,
y espera el sueño de un amanecer,
y desata mareas en el viento antiguo.
Tormenta que azota el ventanal de mi alma
por tu nación de futuro
que está a punto de perecer”.*



Guatapé y Juan Mares

Traigo noticias
de un tiempo sumergido en las distancias.
Y son noticias
de un pueblo paria en las ciudades
De estas noticias
Me surte un pueblo oculto y diligente.
Que son noticias
Que brillan de sudor y sangre.
Mas mis noticias
Ni son augurio de salvación de nadie
Ni de hundimiento que condene a todos
Si son noticias
de una tradición que aún tiene paisaje
Y condición volitiva de hombres nobles.
Con mis noticias, sabréis de un mundo, patria de mi ayer.
Y patria viva; de savia y raíces.

JUAN MARES

El connubio entre el escritor y su comarca es siempre una motivación válida y suficiente para la creación literaria. Buenos ejemplos de este maridaje lo constituyen la relación emotiva de García Márquez con Macondo, de Rulfo con Comala, de Vargas Llosa con Lima, de Borges con Buenos Aires, de Morón con Carora, de Cabrera Infante con La Habana, de Pulido con Caracas, de Pérez Alencart con Puerto Maldonado, de Cortázar con París, entre

tantos otros. Juan Mares (seudónimo de Juan Carmelo Martínez Restrepo), no es la excepción.

Este poeta colombiano nacido en Guatapé, villa del Departamento de Antioquia, ahora residenciado en Apartadó, en su libro *Él árbol de la centuria* se adentra en los recuerdos y las evocaciones de tiempos pasados que no se han ido —“eso vieron mis ojos y sintió mi piel en la edad de los arroyuelos”—, a objeto de dejar constancia de emociones y querencias de un siglo que se la antoja vegetal. El escritor explica en detalle la motivación y el contexto que incidieron en la concreción del poemario: “...cuando por circunstancias de desorden público me vi obligado a huir de la zona de Urabá ante una aparente amenaza, pues para esa época habían empezado las retaliaciones entre las fracciones guerrilleras de distintos tintes y era la época en que valía más un banano que un administrador” Por igual ocurre con los dueños de fincas y cualquier personal administrativo. Hui (...) hui. Fui a templar en una finca de un hermano en el Alto Sinú y allí me establecí cosechando arroz, maíz, ñame y yuca. (...) Fue cuando se me ocurrió preparar unos poemas que venía escribiendo como experiencias de la vida del campo. De lo que allí acontecía. La selva que había conocido cuando niño ya había desaparecido y me dio nostalgia de los grandes árboles...”.

Y allá, seguro y protegido, lejos de armas y muertes, sosegado y cómplice espectador, protagonista de un destino ajeno, Mares confiesa sin remilgos que “fue cosechero en aldeas anónimas / Donde escuchó los mitos lugareños / Silbó canciones de pájaros // Presenció el crepitar de las olas / En los acantilados / Donde los cangrejos se aferraban a las rocas / Escuchó el llanto de una mujer amada”.

El verde, frondoso y centenario árbol del poeta —“una evocación de un árbol que vi, toqué, abracé y besé en la cordillera de San Jerónimo (...) se le conoce como ceiba volandera (...) Se puede

comparar con esos hermosos baobabs”—, mece en sus ramas a pájaros de diferente tamaño, canto y color; los hay conocidos y otros de difícil y extraña nomenclatura. Mares los hace convivir en la paz del erial sin aleteos ni picoteos. El árbol de la centuria cobija en su oquedad a múltiples aves de diferente copla: “el coro rugir de los cotudos, / el grito lamentoso del perico ligero y de la guasa / el grito aguzante de la laura”; además “suelta el diostedé su canto monocorde y gris y con su algarabía pasan las chejas”. Igualmente asienta: “Conocí pájaros vestidos de negro y amarillo / Que sueltan un canto fugitivo mientras vuelan, / tienen el pico blanco”.

Árbol, pájaro y poema se mimetizan para diluir su identidad y convertirse en trinomio de ramas, plumas y letras; el poeta lo comunica dicentemente:” Ya mirado el poema en colores y plumas / (Enjaulado en mí mismo) / Y luego de escuchar su trino / Me dispuse a soltarlo en la hoja / Y voló de mis manos // Sé que cuando regrese a mis ojos / En las hojas de un árbol / Quizá sea otro el mensaje del pájaro / Y otro mi ánimo. / Entonces, le miraré / Y leeré ese rostro / Como si un poema que regresa”.

El árbol centenario de Mares desde su verde atalaya profesa el rol de cronista minucioso y vigilante, el poeta informa de lo confiado y comunicado por el soto: “Me habla de los gigantes abarcos que daban piloncillos / Para que los hombres del campo fabricaran pirinolas / Para su entretenimiento. / Me habla de los algarrobos donde las guacamayas / Hacían ópimas fiestas para el manao y la congona. / De los campanos para las bateas de las mujeres pilanderas / Que amasaban el maíz y lavaban el oro de los sueños /. De los taguales donde medraban las panteras, los osos y las dantas, / De los bejucos que rípiaban manos toscas / Para sus útiles jolones, chingos y balayes”.

Por supuesto que el largo siglo de vida del árbol de Mares son muchas, las situaciones, circunstancias, escenarios, leyendas y patrañas

de los que ha sido privilegiado testigo, cuando no protagonista. En efecto: “El árbol de la centuria ha vivido cada una de las vicisitudes del tiempo: / Los colmillos y garras del perro entre sus combas para atrapar la caza, / Las arañadas del oso y la pantera, el taladro del pájaro carpintero. / El machetazo del cazador y la herida del hachero. En sus combas acunó a la danta en su reposo, / a la gallineta viajera en pos de sus musarañas alimenticias. / —Prodigio ha sido el árbol de la centuria— “.

El árbol, el río, la lluvia, los pastizales, las lavanderas jacarandosas, las rítmicas pilanderas, los campesinos laboriosos, los vecinos de la época, la selva, la montaña y su bruma, aves, animales de todo talante, los insectos —en fin, todo aquello que contribuye a la soledad de *la poética del espacio* de la que hablaba Gastón Bachelard—, se hace presente y notorio en la afectuosa y bucólica evocación que Juan Mares convierte —con particular maestría— en un poemario que es asimismo un compendio antropológico: la esencia de una comarca, su idiosincrasia. No podía faltar —en sus versos de nostalgia y añoranza— una recordación de la casa familiar:

“A la distancia, la casa de borcones, de palma y cercada en cañasflechas junto al barranco colorado, la cruz de mayo en el patio y el curazao como un copo de alivios en colores rojo, amarillo y rosados. El azul lo ponían las azucenas”.

Iquitos y Mario Vargas Llosa

Iquitos debe ser la ciudad más corrompida del Perú, incluso peor que Lima.

A lo mejor es verdad y el clima tiene que ver mucho,
quiero decir en eso de que las mujeres sean tan terribles,
ya ves como Panta pisó la selva y se volvió un volcán.

Lo peor es que las bandidas son guapísimas...

* * *

Un oficial sin vicios (...) Ni un solo castigo de oficial y de cadete
apenas media docena de amonestaciones leves (...)

“Organizador nato, sentido matemático del orden, capacidad ejecutiva” (...)

El asunto exige la más absoluta discreción,

Me refiero a la misión que se le va a confiar, capitán...

MARIO VARGAS LLOSA

A la ciudad de Iquitos —“multitud separada por las aguas”—, capital de la Provincia de Maynas y del Departamento de Loreto, reconocida como la capital de la Amazonía peruana; está ubicada en la denominada Gran Planicie, rodeada por los ríos Amazonas, Nanay e Itaya; el Iquitos Metropolitano está conformado por cuatro distritos: Iquitos, Punchana, Belén y San Juan Bautista—, fue enviado, desde Chiclayo, donde feliz se encontraba con su familia, el Capitán Pantaleón Pantoja —Panta, Pantita, Pan y más tarde conocido como el Señor de Pantilandia – con la muy trascendental encomienda de crear, administrar y consolidar en toda la región amazónica el **Servicio de Visitadoras para**

Guarniciones, Puestos de Frontera y Afines, mejor conocido en el mundo militar como sus siglas SVGPA, de acuerdo con la imaginación y la pluma de Mario Vargas Llosa en su novela *Pantaleón y las visitadoras*.

En otras palabras, al eficiente y disciplinado Capitán Pantoja le fue asignada la bizarra pero no menos importante misión de organizar y ejecutar un proyecto —de amplio espectro geográfico y de gran importancia castrense— con el estratégico objetivo que visitadoras, pes, prostitutas, fulanas, hetairas, putas, busconas, rameras, mesalinas, cualesquiera, zorras, cortesanas, meretrices, mujeres de vida alegre —si es que así puede llamarse esa vida— airada y disipada, y hasta las mismas *lavanderas* de Iquitos, trabajadoras sexuales todas —llámese, denomínese, nómbrese como sea— pudiesen satisfacer las necesidades del bajo cuerpo, las muy humanas pulsiones sexuales, los legítimos impulsos de aparearse con hembra, de un numeroso grupo de marinos y soldados, quienes, en bien del Perú, ejercen estoicamente la patriótica tarea de proteger la soberanía nacional en los lugares más inciviles y lejanos del territorio nacional, en este caso la Amazonía peruana.

Además del calor acuciante, de los zancudos de toda forma, tamaño y color, de la inclemente humedad, Pantoja tuvo que soportar una de las situaciones más difíciles de su impoluta y venerada carrera militar que lo llevó a afirmar que: “Sólo que, en fin, no me esperaba una cosa así. Va a ser, no sé, como cambiar de personalidad”, como esa que tuvo que afrontar como consecuencia del rechazo del general Scavino al proyecto SVPGA, aunque no le quedaba otra que aceptarlo a regañadientes por tratarse de órdenes superiores. El contrariado general advirtió clara y tajantemente al capitán:

“No quiero que ponga jamás los pies en esta Comandancia ni en los cuarteles de Iquitos (...) Queda exceptuado de asistir a los actos oficiales, desfiles, tedéums. También de

llevar uniforme. Vestirá únicamente de civil (...) Su trabajo va estar lejos de la Comandancia (...) No sea ingenuo hombre. ¿Se le ocurre que le podría abrir una oficina aquí, para el tráfico que va organizar? Le he afectado un depósito en las afueras de Iquitos a orillas del río. Vaya siempre de paisano. Nadie debe enterarse que ese lugar tiene la menor vinculación con el Ejército. ¿Comprendido?”.

No sería la única tribulación ni reticencia ni amenaza que tendría que enfrentar Pantoja en el desarrollo del proyecto que inmediatamente empezó a concretar. El ahora paisano Pantaleón, con su habitual eficiencia de meticoloso intendente militar, comenzó *ipso facto* a aplicar sus dotes de gerencia y organización a fin de ir resolviendo los disímiles y complejos elementos y componentes envueltos en su misión de llevar felicidad pasajera a los verriedos marinos y soldados sitios en los diferentes puestos de la enorme y salvaje Amazonía que le tocaba atender con su servicio de visitadoras a cuarteles, puestos fronterizos, campamentos y guarniciones, es decir, a domicilio.

Manos a la obra se puso Panta, empezando por el principio y velozmente tomó posesión del emplazamiento asignado a orillas del río Itaya que serviría de puesto de mando y centro logístico (reclutador / proveedor) del servicio bajo su mando. Incorporó los dos soldados previamente identificados por la superioridad en virtud de su buen comportamiento, docilidad y “cierta indiferencia ante personas del otro sexo, pues, caso contrario, el tipo de trabajo que tendrán y la idiosincrasia del medio que los envolverá, podrían suscitar en ellos tentaciones y consiguientes problemas para el Servicio”.

Pantoja rápidamente evaluó las condiciones topográficas del sitio de la nueva sede —lejos de la ciudad y del lugar poblado más próximo— con el fin de construir un pequeño embarcadero destinado a controlar desde el puesto de mando “todos los envíos y

recepciones, cuando el Servicio de Visitadoras haya establecido su sistema de circulación”. Limpió y acondicionó el abandonado y pútrido lugar —una verdadera porqueriza— ocupado en ocasiones por los seguidores de una secta fanática liderada por un llamado Hermano Francisco de origen extranjero a objeto de llevar a cabo ritos y ceremonias, y construir cruces de madera para cuando llegara el inminente y cercano fin del mundo.

Realizó prontamente el trazado y levantamiento de mapas operacionales y de organigramas de tareas para ir concretando un *modus operandi*, así como una organización flexible y ágil. Utilizó todas sus dotes para las matemáticas, el cómputo y la estadística a fin de precisar la extensión y la magnitud del complejo esfuerzo que debía emprender más temprano que tarde. Así fue que, como fruto de su evaluación, Pantoja, con rigurosa precisión de cirujano o de joyero, contabilizó:

“El Servicio de Operadoras cubrirá un área aproximada de 400.000 kilómetros cuadrados que incluye como centros de usuarios potenciales a 8 Guarniciones, 26 puestos y 45 Campamentos hacia los cuales los medios de comunicación primordiales, a partir del puesto de mando y centro logístico, son el aire y la vía fluvial (...) aunque en algunos casos excepcionales el transporte por tierra (cercanías de Iquitos, Contamana y Pucallpa)”.

Especial atención le otorgó Pantoja —como si tratara de un mercadólogo o de un experimentado técnico en la elaboración de encuestas— al diseño de un detallado y complejo cuestionario que envió raudamente a todas las Guarniciones, Puestos de Frontera y Afines, cuya respuesta —al decir del apresurado capitán— fue entusiasta, rápida y eficaz. Como resultado de esa encuesta, el jefe del aún no estrenado servicio de visitadoras calculó que el número de prestaciones sexuales que debería proporcionar el SVGPA para atender los requerimientos mínimos del personal de tropa de la V Región (Amazonía), estaría en el orden de las 104.712 por mes,

cifra que —abrumadora— consideró como un ideal hacia el cual tender, el que lenta y pacientemente, con su acostumbrado tesón, se propuso alcanzar.

Más complejo para Pantoja resultó el conocimiento del ignoto negocio burdelesco y, por supuesto, el inaplazable reclutamiento de las pioneras visitadoras amazónicas que deberían ser la punta de lanza del proyecto castrense. A estos fines Pantaleón, ya no como el Capitán Pantoja sino como un mercader recién establecido en la ciudad, estableció contacto con un cachiche de origen chino, una madama y su asistente —un hombrecito de muy baja estatura— que regentaba el principal burdel de Iquitos, quienes subsecuentemente pasarían a formar parte del equipo de asesores del jefe del servicio. Pudo el falso comerciante —después de una inacostumbrada noche de tragos con la inevitable resaca y la pendencia conyugal respectiva— tener mejor conocimiento de la rutina del burdel, así como de la agotadora dinámica llevada a cabo por las trabajadoras sexuales de la casa de lenocinio; para su tranquilidad Pantoja concluyó que: “Aparte de las meretrices que trabajan en establecimientos (además de la Casa Chuchupe hay en la ciudad otros dos del mismo género, aunque al parecer, de inferior jerarquía) existen en Iquitos gran número de mujeres, apodadas “lavanderas” que ejercen la vida airada ambulante, ofreciendo sus servicios en casa, de preferencia al oscurecer y al amanecer por ser horas de débil vigilancia policial, o apostándose en distintos lugares a la caza de clientes, como la Plaza 28 de julio y alrededores del Cementerio. Que por esta razón parece obvio que el SVGPA no tendrá no tendrá dificultad alguna en reclutar personal pues la es sobradamente suficiente para sus módicas posibilidades iniciales”. Aunque advierte también que el hecho del cachichazgo o macronería “deberá ser tenido en cuenta por el Servicio de Visitadoras a la hora del reclutamiento del personal, pues es indudable que estos sujetos podrían ser una fuente de problemas”.

Con el fin dotar de recursos al servicio para que su objetivo fuera posible, Pantoja logró que le asignaran un viejo hidroavión de la FFAA peruana, así como unas lanchas rápidas para poder transportar diligentemente a las visitadoras a sus lugares de trabajo sexual. Igualmente, concibió: “con el fin de dar fisonomía propia y distintiva al SVGPA y dotarlo de signos representativos que, sin delatar sus actividades al exterior, permitan al menos a quienes lo sirven reconocerse entre sí, y a quienes servirá identificar a sus miembros, locales, vehículos y pertenencias, el suscrito ha procedido a designar el verde y el rojo como los colores emblemáticos del Servicio de Visitadoras, por el siguiente simbolismo: *a.* verde por la exuberante y bella naturaleza de la región Amazónica donde el Servicio va a fraguar su destino y *b.* rojo por el ardor viril de nuestros clases y soldados que el Servicio contribuirá a aplacar...”

Acucioso y prolijo en detalles, esta vez con el objetivo de conocer mejor las particularidades del negocio que exitosamente —como todo lo hecho a lo largo de su intachable carrera castrense— debería emprender, Pantoja leyó libros, folletos, manuales y revistas sobre el tema de la sexualidad y vista la precariedad del acervo bibliográfico sobre el tema en las escuetas y desprovistas librerías de Iquitos, el Capitán pidió apoyo de la Superioridad para dotar al servicio de información científica pertinente “en todo lo tocante a la actividad sexual, masculina y femenina, de teoría y práctica, y en especial documentación sobre asuntos de interés básico como enfermedades venéreas, profilaxia sexual, perversiones, etcétera, lo que, sin duda, redundará en beneficio del Servicio de Visitadoras”.

No contento con la información libresca, folletinesca y manualesca, Pantoja decidió probar elixires, brebajes, licores, jarabes, fragancias, pociones, bebedizos, pócimas, frotaciones, remedios, ungüentos, babosas, lavados, raíces, cremas, masajes, baños, cocimientos, conchas, lociones, flores, huevos de lagarto, sangre de culebra, sopas, fricciones, amasamientos, insectos, plantas, perfumes, aguas preparadas al efecto, en fin, todo aquello que

pudiese incidir en la buena marcha del negocio y en la mejor prestación del servicio. Siempre previsivo en busca de la eficiencia corporativa, Panta recomendó repartir folletos eróticos y sugestivos entre los candidatos a la prestación del servicio antes de su ingreso al cuchitril improvisado, considerando que esta iniciativa reduciría el tiempo calculado de la pasajera coyunda; igualmente prohibió, gallarda y valientemente, que determinadas sustancias alentadores del sexo se incluyeran en el rancho de la fogosa tropa. Y por supuesto, estableció sueldos justos y de mercado para sus colaboradores, y para las díscolas visitadoras determinó estrictas tarifas por el servicio a prestar y eventuales multas por conducta inapropiada.

A pesar de que el Capitán Pantoja sentenciaba desde sus inolvidables, gloriosos y gozosos tiempos de cadete: “que no hay misión que no ofrezca dificultades y no hay dificultad que no pueda ser vencida con energía, voluntad y trabajo”. Sin embargo, en este caso, las dificultades lo superaron, veamos:

- **La Iglesia:** Como un Quijote marcial, Pantoja ha podido decir que “con la Iglesia hemos topado”. En efecto, desde el inicio mismo del proyecto, el capellán de la V Región se opuso vivamente a su ejecución: “Protesto como sacerdote y también como soldado, mi general (...) Porque esos abusos hacen tanto daño a la institución como a las víctimas”. Posteriormente, ya robustecido y maduro el impúdico e inmoral proyecto del Capitán, se presentó, en la Comandancia de la V Región Amazónica, el Obispo de Iquitos con su estado mayor de curas y monjas advirtiéndole al general: “Tengo el pesar de anunciarle que, si el llamado Servicio de Visitadores no desaparece, excomulgaré a todos los que trabajan con él o lo utilizan (...) Se han violado ya los límites de la decencia y el decoro”

- **Las Fuerzas Armadas:** No hay peor cuña que la del mismo palo; los celos y rivalidades que brotaron en el seno del componente militar amazónico en vista de la importancia y la eficiencia del Servicio de Visitadoras, no se hicieron esperar. Reclamos de diferente índole y naturaleza se formularon en relación con el desempeño de Pantoja: preferencias, exclusión deliberada de los suboficiales y los altos mandos que desde el principio no fueron concebidos como candidatos a la prestación del servicio, reclamos para un aumento sustancial del número de visitadoras, inconvenientes varios derivados de atrasos por culpa del clima o de conductas inadecuadas tanto de los soldados como de una que otra visitadora. De especial relevancia fue el reclamo vivo y vehemente del jefe de la Fuerza Fluvial del Amazonas por la no inclusión de la Armada Nacional en el himno del servicio, compuesto espontáneamente por las mismas visitadoras y que entonaban con la música de la mundialmente conocida “La Raspa”.
- **La Radio y los formadores de opinión:** Uno de los principales escollos que enfrentó Pantoja en el desarrollo de su misión fue la feroz oposición del periodista conocido como Sinchi, quien desde su muy escuchado programa radial transmitido por la *Voz del Amazonas* la emprendió inicialmente contra Pantoja: “¿hasta cuándo vamos a seguir tolerando en nuestra querida ciudad, distinguidos radioescuchas, el bochornoso espectáculo que es la existencia del mal llamado Servicio de Visitadoras, conocido más plebeyamente con el mote de Pantilandia en irrisorio homenaje a su progenitor? (...) No queremos semejante furúnculo en Iquitos, a todos se nos cae la cara de vergüenza y vivimos en una constante zozobra y pesadilla por la existencia de ese complejo industrial de meretrices que preside, como moderno sultán babilónico, el tristemente célebre señor Pantoja, que no vacila, por su afán de riqueza y explotación, en ofender lo más santo que existe, como son la

familia, la religión y los cuarteles de los defensores de nuestra integridad territorial y de la soberanía de la patria”.

La oposición familiar: Desencantada y hastiada de la nueva realidad laboral y de la actualmente lasciva conducta del hasta entonces intachable y puritano Panta, su legítima y solidaria esposa, acompañada de su pequeña cadetita concebida y nacida en el caliente Iquitos, tomó las de Villa Diego abandonando, sin más, el lascivo reino de su irreconocible consorte: Pantilandia.

- **La sociedad civil:** Una verdadera piedra en la bota de Pantoja resultó la celosa actitud y la violenta conducta de distinguidos miembros de la sociedad civil amazónica —ávidos de participar en las bondades y prestaciones de Pantilandia—, las cuales condujeron a la eliminación del SVGPA y al extrañamiento de Iquitos del colectivamente repudiado Capitán Pantoja, quien no pudo resistir las tentaciones de la voluptuosa carne de la visitadora conocida como La Brasileña, cuya muerte en manos de un grupo de ciudadanos beodos y verriundos motivó que el Señor Pantaleón desvelara su verdadera identidad castrense: la de Capitán Pantoja. En efecto, tal como lo desveló el diario *El Oriente*: “Pero la sorpresa mayor de la ciudadanía allí reunida fue ver descender de la carroza funeraria y con anteojos oscuros, al promotor —jefe del llamado Servicio de Visitadoras, el muy conocido y poco apreciado señor Pantaleón Pantoja, del que nadie, al menos que este diario sepa, conocía su condición de oficial del Ejército”. La oración fúnebre pronunciada por la congojado y revelado Capitán para loar las virtudes de la visitadora— amante, terminó de sellar el destino del jefe del eficiente SVGPA: “...recordada Brasileña: Estos soldados, *tus* soldados, no te olvidan. Ahora mismo, en los rincones más indómitos de nuestra Amazonía, en las quebradas donde es monarca y señorea el anófeles palúdico, en los claros apartados del bosque, allí donde el Ejército Peruano se ha hecho presente para manifestar y defender nuestra soberanía, y allí

donde tú no vacilabas en llegar, sin importarte los insectos, las enfermedades, la incomodidad, llevando el regalo de tu belleza y de tu alegría franca y contagiosa a los centinelas del Perú, hay hombres que recuerdan con lágrimas en los ojos y el pecho henchido de cólera hacia tus sádicos asesinos. Ellos no olvidarán nunca tu simpatía, tu graciosa malicia, y ese modo tan tuyo de compartir con ellos las servidumbres de la vida castrense, que, gracias a ti, se les hacían a nuestros clases y soldados más gratas y llevaderas”.

Esa luctuosa y fatídica jornada supuso una triple, dolorosa y definitiva despedida para el Capitán Pantoja: de su muy amada Brasileña, del eficiente y ahora eliminado Servicio de Visitadoras de Guarniciones, Puestos de Frontera y Afines, y de Iquitos; por un tris no fue expulsado del glorioso Ejército Peruano.

Antes de abandonar para siempre la capital de la Amazonía para trasladarse a Lima, a fin de ser severamente evaluado por la Superioridad castrense y de ser asignado, esta vez no como premio sino como castigo, a la guarnición de Pomata bien lejos del Amazonas y vecina del lago Titicaca, en vez del calor al frío de la puna, Pantaleón Pantoja, Panta, Pantita, Pan-Pan, el Señor de Pantilandia, en su última noche en Iquitos, deambulando por sus tórridas y húmedas callejas, cabizbajo, desolado, triste, despechado, solo, repudiado y abandonado, el Capitán cavilaba y evaluaba:

“No es que me dé pena (...) Después de todo, son tres años de mi vida. Me dieron una misión difícil y la saqué adelante. A pesar de las dificultades, de la incomprensión, hice un buen trabajo. Construí algo que ya tenía vida, que crecía, que era útil. Ahora lo echan debajo de un manotazo y ni siquiera me dan las gracias”.

Macondo y Gabriel García Márquez

José Arcadio Buendía soñó esa noche que en aquel lugar se levantaba
una ciudad ruidosa con paredes de espejo.
Preguntó qué ciudad era aquella,
y le contestaron con un nombre que nunca había oído,
que no tenía significado alguno,
pero que tuvo en el sueño una resonancia sobrenatural: Macondo.
Al día siguiente convenció a sus hombres de que nunca encontrarían el mar.
Les ordenó derribar los árboles para hacer un claro junto al río,
en el lugar más fresco de la orilla, y allí fundaron la aldea.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Cien Años de Soledad —además de ser la fábula de la compleja y enrevesada saga de los Buendía con sus José Arcadios, Aurelianos, Arcadios, Amarantas, Úrsulas y Remedios repetidos hasta la confusión, el laberinto y el desconcierto—, es también la crónica del nacimiento, auge y caída de Macondo, ese caserío producto de un sueño, de una alucinación, de un espejismo de José Arcadio Buendía, el patriarca originario.

Macondo —el ficticio e imaginado pueblo de José Arcadio—, fue erigido en los bordes de un torrente; era una aldea “de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas día-

fanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos”. Estaba supuestamente sito al oeste de Riohacha, separado por una sierra casi impenetrable. Al sur, la aldehuela limitaba con las ciénagas y pantanos cubiertos “de una eterna nata vegetal”; al oeste se encuentra la Ciénaga Grande, que según los relatos de los gitanos —permanentes visitantes de Macondo cada año— era una extensión acuática sin horizontes, y estaba habitada por delfines de piel delicada con torso y cabeza de mujer, causantes de la ruina de los marineros. Al norte, una expedición formada por su fundador José Arcadio Buendía, primero se encontró con un terreno dócil, pero luego de mucho marchar por ciénagas y la tupida selva, encontraron agua, por lo que llegaron a creer que Macondo era, en verdad, una península.

Narra García Márquez, prolijo en detalles, los tiempos iniciales del caserío, en esa lejana época, su fundador “era una especie de patriarca juvenil, que daba instrucciones para la siembra y consejos para la crianza de los niños y animales, y colaboraba con todos, aun en el trabajo físico, para la buena marcha de la comunidad. Puesto que su casa fue desde el primer momento la mejor de la aldea, las otras fueron arregladas a su imagen y semejanza (...) Los únicos animales prohibidos no sólo en la casa, sino en todo el poblado eran los gallos de pelea (...) En pocos años, Macondo fue una aldea más ordenada y laboriosa que cualquiera de las conocidas hasta entonces por sus 300 habitantes. Era en verdad una aldea feliz, donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto”. Lo único que perturbaba la placidez, el silencio y la quietud de Macondo era el ruido ensordecedor de los miles de pájaros —turpiales, canarios, azulejos, y petirrojos— que abarrotaban las jaulas que desde su fundación había mandado a construir el patriarca en casa propia y en las ajenas”.

Por supuesto que ese Macondo primigenio fue evolucionando para dejar de ser un esmirriado caserío y adquirir merecida condición urbana de pequeña puebla. Esta vez, el lauro no fue del fundador

—consagrado en exclusividad a los ritos de la alquimia—, sino de Úrsula, su incansable consorte, quien salió en búsqueda de un hijo díscolo y alocado que se marchó del pueblo con los gitanos, con su recién descubierta gitana, infectado severamente por una pasión del bajo vientre que lo levantó del improvisado lecho amoroso “en vilo hasta un estado de inspiración seráfica, donde su corazón se desbarató en un manantial de obscenidades tiernas que le entraban a la muchacha por los oídos y le salían por la boca traducidas a su idioma”.

Úrsula regresó sin el hijo, pero no íngrima, sino escoltada por una muchedumbre, esta vez no eran los sempiternos gitanos, sino “hombres y mujeres como ellos, de cabellos lacios y piel parda, que hablaban su misma lengua y se lamentaban de los mismos dolores. Traían mulas cargadas de cosas de comer, carretas de bueyes con muebles y utensilios domésticos (...) Venían del otro lado de la ciénaga, a sólo dos días de viaje, donde había pueblos que recibían el correo todos los meses y conocían las máquinas del bienestar (...) Macondo estaba transformado. Las gentes que llegaron con Úrsula divulgaron la buena calidad de su suelo y su posición privilegiada con respecto a la ciénaga, de modo que la escueta aldea se convirtió muy pronto en un pueblo activo, con tiendas y talleres de artesanía y una ruta de comercio permanente...”.

Esta inusitada realidad humana y el advenido crecimiento de Macondo, lograron que el fundador perdiera inesperadamente su enfermiza pasión por la alquimia, inoculada por Melquíades, el gitano. José Arcadio actuando, a la vez, como pionero panificador urbano y severo inspector de obras, una especie de renovado consistorio personalizado: “volvió a ser el hombre emprendedor de los primeros tiempos que decidía el trazado de las calles y la posición de las nuevas casas de manera que nadie disfrutara de privilegios que no tuvieran todos, Adquirió tanta autoridad entre los recién llegados que no se echaron cimientos ni se paraban cercas sin consultárselo, y se determinó que fuera él quien dirigiera la

repartición de la tierra (...) José Arcadio impuso en poco tiempo un estado de orden y trabajo, dentro del cual sólo se permitió una licencia: la liberación de los pájaros que desde la época de la fundación alegraban el tiempo con sus flautas, y la instalación en su lugar de relojes musicales en todas las casas”.

Pero no todo es felicidad permanente, la normalidad tiene también visos de anormalidad, lo bueno convive con lo malo y la fortuna con el infortunio, el plácido y alegre Macondo sufrió también una enfermedad contagiosa, un virus, una epidemia, que se transformó en súbita calamidad, en verdadera pandemia. En su caso, no fue la peste negra que diezmó a Europa ni la roja que aqueja a los venezolanos del siglo XXI, tampoco el Ébola o la gripe española, a pesar de la cercanía de las ciénagas, de los zancudos de los pantanos no fue la malaria, el paludismo, el dengue o la chucunguya, y mucho menos el cólera. Fue una enfermedad silente y devastadora: la peste del insomnio, con sus efectos demoledores sobre el ser humano, puesto que: “lo más terrible de la enfermedad del insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía cansancio alguno, sino su inexorable evolución hacia una manifestación más crítica: el olvido (...) cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la memoria de las cosas, y por último la identidad de las personas y aun la conciencia de su propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotéz sin pasado”.

El único antídoto casero que se concibió contra la transfigurada epidemia macondiana, fue el de marcar cada cosa con su respectivo nombre e indicar también su utilidad. El añoso patriarca se encargó de que esta personal ordenanza municipal fuese adoptada por todos los pobladores del crecido villorrio: “pero el sistema exigía tanta vigilancia y tanta fortaleza moral, que muchos sucumbieron al hechizo de una realidad imaginaria, inventada por ellos mismos que les resultaba menos práctica pero más reconfortante”. Sin embargo, la solución definitiva la dio el gitano Melquíades, quien,

de regreso a Macondo, le dio de beber una pócima a su antiguo compañero de andanzas, y entonces, súbita, “la luz se hizo en su memoria” y todo Macondo celebró con alborozo la evaporación del olvido, “la reconquista de los recuerdos”.

La política, bien concebida y practicada, es una apuesta por la paz, la convivencia y la concordia; permite dirimir pacíficamente las diferencias y las opiniones encontradas que, de otra manera, se resolverían a tiro limpio, a balazo certero, pero nunca justiciero. Al recóndito Macondo arribó —inevitable— la ancestral división y rivalidad entre los liberales y los conservadores en la siempre convulsa Colombia. El novelista desentraña las confusas nociones que se tenían en el villorrio sobre unos y otros, explicadas esquemáticamente por el suegro de Aureliano: “Los liberales (...) eran masones; gente de mala índole, partidaria de ahorcar a los curas, de implantar el matrimonio civil y el divorcio, de reconocer iguales derechos a los hijos naturales que a los legítimos, y despedazar al país en un sistema federal que despojara de poderes a la autoridad suprema. Los conservadores, en cambio, que habían recibido el poder directamente de Dios, propugnaban por la estabilidad del orden público y la moral familiar; eran los defensores de la fe de Cristo y no estaban dispuestos a permitir que el país fuera descuartizado en entidades autónomas”.

A pesar de que las diferencias entre unos y otros no eran de fondo —unos iban a misa a las 10 y los otros a las 11—, sino por el poder. Un mal día en casa de los Buendía, Úrsula exclamó atribulada: “*¡Estalló la guerra!*”. Aureliano, el luego reconocido, condecorado y olvidado coronel Aureliano Buendía, se alzó en armas “promovió treinta y dos levantamientos armados y los perdió todos”. Antes de partir a los campos de batalla, nombró a Arcadio para que gobernara Macondo, como todo sucesor designado —de eso tenemos funestas noticias en la Gran Colombia—, Arcadio se lo tomó en serio: “Se inventó un uniforme de militar con galones y charreteras de mariscal (...), y se colgó al cinto el sable con borlas doradas del

capitán fusilado. Emplazó las dos piezas de artillería a la entrada del pueblo, uniformó a sus antiguos alumnos, exacerbados por sus proclamas incendiarias, y los dejó vagar armados por las calles para dar la impresión de invulnerabilidad. Fue un truco de doble filo, porque el gobierno no se atrevió a atacar la plaza durante diez meses, pero cuando lo hizo descargó contra ella una fuerza tan desproporcionada que liquidó la resistencia en media hora. Desde el primer día de su mandato Arcadio reveló su afición por los bandos. Leyó cuatro diarios para ordenar y disponer cuanto le pasaba por la cabeza. Implantó el servicio militar obligatorio desde los dieciocho años, declaró la utilidad pública los animales que transitaban por las calles después de las seis e impuso a los hombres mayores de edad la obligación de usar un brazal rojo, Recluyó al padre Nicanor en la casa cural, bajo amenaza de fusilamiento, y le prohibió decir misa y tocar las campanas como no fuera para celebrar las victorias liberales”.

Arcadio se transformó instantáneamente en un dictador civil, en un chafarote prepotente, en Comandante Supremo de la villa, en Caudillo temporal, hasta que la matriarca Úrsula, hastiada de las detenciones arbitrarias, de la violación de los derechos fundamentales y de los fusilamientos *porque me da la gana*, le dio un Golpe de Estado blando —unos buenos azotes y reprimendas que lo hicieron llorar y enrollarse como un caracol en el patio de la ancestral casa de la familia—, y asumió el gobierno del atribulado Macondo que ya no exhibía los encantos y la atracción de antaño; ahora la corrupción y la intolerancia se habían anidado en el otrora feliz e inocente pueblón.

Al terminarse la cruenta guerra, decretada la derrota de los liberales, Macondo corrió con mejor suerte “...el general Moncada fue nombrado corregidor de Macondo. Vistió su traje de civil, sustituyó a los militares por agentes de policía desarmados, hizo respetar las leyes de amnistía y auxilió a algunas familias de liberales muertos en campaña. Consiguió que Macondo fuera erigido en municipio

y fue por tanto su primer alcalde, y creó un ambiente que hizo pensar en la guerra como en una absurda pesadilla del pasado”.

Macondo —para alegría de unos y pesar de otros, incluyendo a Úrsula, la ancestral matriarca, quien suplicaba:” Dios mío ... Haznos tan pobres como éramos cuando fundamos este pueblo, no sea que en la otra vida nos vayas a cobrar esta dilapidación”—, se convirtió en el paraíso del despilfarro. La petición de Úrsula la cumplió Dios, pero al revés, Macondo enfrentó, como otras comarcas vecinas, el desafío de una súbita riqueza que no provenía del trabajo productivo, de la honesta y laboriosa faena de sus gentes, sino de una multiplicación mágica e incomprensible de los animales de Aureliano Segundo y Petra Cotes. Narra el escritor: “las casas de barro y cañabrava de los fundadores habían sido reemplazadas por construcciones de ladrillo, con persianas de madera y pisos de cemento “; llegaron a un Macondo estupefacto, que iba de un invento al otro: la luz eléctrica, un tanto mortecina, el cine, el gramófono, el teléfono, y las alegres y desprejuiciadas matronas francesas.

Para el futuro infortunio del villorrio, llegó el ferrocarril; “el inocente tren amarillo que tantas incertidumbres y evidencias, y halagos y desventuras, y tantos cambios, calamidades y nostalgias había de llevar a Macondo”. Y en ese tren llegaron ellos: *los gringos*.

Súbitamente y sin pausas, Macondo sufrió una profunda transformación, convertido ahora en: “Un campamento de casas de madera con techos de zinc, poblado de forasteros que llegaban de medio mundo en tren (...) Los gringos, que después llevaron a sus mujeres lánguidas con trajes de muselina y sombreros de gasa, hicieron un pueblo aparte al otro lado de la línea del tren, con calles bordeadas de palmeras, casas con ventanas de redes metálicas y extensos prados azules con pavorreales y codornices. El sector estaba cercado por una malla metálica, como un gigantesco gallinero electrificado (...) Dotados de recursos que en otra

época estuvieron reservados a la Divina Providencia, modificaron el régimen de las lluvias, apresuraron el ciclo de las cosechas, y quitaron el río de donde estuvo siempre y lo pusieron con sus piedras blancas y sus corrientes en el otro lado de la población (...) Fue una invasión tan tumultuosa e intempestiva que en los primeros tiempos fue imposible caminar por la calle con el estorbo de los muebles y baúles, y el trajín de quienes paraban sus casas en cualquier terreno pelado, sin permiso de nadie (...) Miren la vaina que nos hemos buscado —solía decir el coronel Aureliano Buendía— no más invitar a un gringo a comer guineo”.

Y empezó la explotación intensiva del banano por la inmisericorde compañía americana; también comenzaron las injusticias empresariales, los abusos laborales, las patrañas judiciales, las marramuncias oportunas, los vales embusteros, y, por supuesto, el agotamiento de la paciencia de los trabajadores, el desespero de sus dirigentes sindicales. Como respuesta a la indolencia de gobernantes, accionistas y gerentes de la compañía: lo inevitable ocurrió: “La huelga grande estalló. Los cultivos se quedaban a medias, la fruta se pasó en las cepas y los trenes de ciento veinte vagones se pararon en los ramales”. El ejército fue llamado para controlar la situación, estableció la Ley Marcial que no se cumplió, muy por el contrario, los soldados “pusieron a un lado los fusiles cortaron y embarcaron el banano y movilizaron los trenes”. La ira de los trabajadores cundió y se tradujo en saqueos y sabotajes, levantamientos en armas, motines, incendios, destrucción. La situación preludaba una incontrolable y cruenta guerra civil, “las autoridades hicieron un llamado a los trabajadores para que se concentrarán en Macondo. El llamado anunciaba que el Jefe Civil y Militar llegaría el viernes siguiente, dispuesto a interceder en el conflicto”. La convocatoria a la que asistió una multitud devino en criminal celada. No habló el Jefe Civil y Militar, no llegó ni habló, las ametralladoras sí: José Arcadio Buendía, un tiempo después confirmó: “Eran más de tres mil (...) Ahora estoy seguro que eran todos los que estaban en la estación”.

La otrora feliz y plácida villa nunca más volvió a ser la misma. García Márquez describe —desolado e incrédulo— la decadencia y próxima muerte del villorrio:

“Macondo estaba en ruinas. En los pantanos de las calles quedaban muebles despedazados, esqueletos de animales cubiertos de lirios colorados, últimos recuerdos de las bordas de advenedizos que se fugaron de Macondo tan atolondradamente como habían llegado. Las casas paradas con tanta urgencia durante la fiebre del banano, habían sido abandonadas. La compañía bananera desmanteló sus instalaciones. De la antigua ciudad alambrada sólo quedaban los escombros. Las casas de madera, las frescas terrazas donde discurrían las serenas tardes de naipes, parecían arrasadas por una anticipación del viento profético que años después había de borrar a Macondo de la faz de la tierra. El único rastro humano que dejó aquel soplo vivaz, fue un guante de Patricia Brown en el automóvil sofocado por las trinitarias. La región encantada que exploró José Arcadio Buendía en los tiempos de la fundación, y donde luego prosperaron las plantaciones de banano, era un tremedal de cepas putrefactas, en cuyo horizonte remoto se alcanzó a ver por varios años la espuma silenciosa del mar”.



Madrid y Enrique Gracia Trinidad

Ya he dicho que Madrid ha tardado mucho en modernizarse. Tiene esta Villa y Corte (aunque sea una ciudad no ostenta dicho título) una personalidad muy acusada, pese a que los usos sin carácter de estos tiempos que vienen corriendo desde las últimas décadas del siglo XX le den a veces la apariencia de una ciudad que quisiera ser otra y, por lo tanto, traicionarse a sí misma.

* * *

Nada te debo a ti, ciudad amarga y fiera, y todo te lo debo (...)
Y cuanto más te pago más te debo.

* * *

Es oficio de vértigo este asunto / de acuchillar palabras al papel, / juego de locos, / inútil alboroto de campanas, / pretencioso ejercicio que no sabe / si vive sueños o si arrastra vida. // La verdadera profesión / de los poetas / debería ser el silencio.

ENRIQUE GRACIA TRINIDAD

Un mentidero —DRAE *dixit*— es un “sitio o lugar donde se junta la gente ociosa para conversar”. Luis Alberto de Cuenca, amigo fraterno, estricto coetáneo de Gracia Trinidad y prologuista del libro *Mentidero de Madrid* —verdadera exploración arqueológica, urbana, histórica y afectiva de la irrenunciable ciudad del madrileño—, trae a colación el recuerdo de un ancestral mentidero físico del que ciertamente es tributario el mentidero afectivo de nuestro

bardo castellano, Rememora Luis Alberto de Cuenca: “El mentidero de Madrid por excelencia estaba ubicado, allá por nuestros siglos áureos, en las gradas de la iglesia de San Felipe Neri, que se elevaba entonces en el lugar donde hoy confluyen la Puerta del Sol y la calle Mayor. Se atribuye a Luis de Góngora una décima que no puedo dejar de evocar aquí, pues siempre que pronuncio esas tres palabras *mentidero de Madrid*, me brotan del recuerdo los versos que la componen, dedicados a la memoria de don Juan de Tassis y Peralta, conde de Villamediana, a quien asesinaron el 21 de agosto de 1662, a poco más de cien metros de las gradas de San Felipe (desde el 21 de agosto de 2011 hay una placa en la esquina de Mayor con Coloreros que rinde homenaje a don Juan en el sitio donde fue muerto):

Mentidero de Madrid,
decidme, ¿quién mató al conde?
Ni se sabe, ni se esconde.
Sin discurso discurrid:
dicen que lo mató el Cid
por ser el conde Lozano.
¡Disparate chabacano!
La verdad del caso ha sido
que el matador fue Bellido
y el impulso soberano”.

Un abundamiento sobre el tema de los mentideros madrileños añade al de marras, otros dos, a saber: el de **los representantes**, situado en un ensanchamiento que tenía la calle del León, en pleno barrio de las letras, y que respondía al nombre de plazuela del León. Allí se reunían las gentes del teatro (los representantes o actores) y los literatos y quienes aspiraban a serlo, y el de **Losas de Palacio**, sito en la parte delantera del Real Alcázar o Alcázar

de los Austrias que era como popularmente se conocía. Dada su concepción de centro de gobierno, los alrededores del Alcázar se poblaban de personas en procura de favores o concesiones gubernativas. Igualmente, en las ocasiones que la Realeza salía a la calle el pueblo copaba el lugar por ver a los Reyes en su pasar.

El poeta, gallardo, gentil y sin melindres ni alfeñiques, reconoce incontestablemente la influencia que sobre su mentidero poético tuvo aquél de cemento y gradas, el de San Felipe —lejano en el tiempo, pero cercano en el recuerdo—, el situado para entonces, como ya sabemos, en la Calle Mayor, esquina a la Puerta del Sol. Comenta Gracia Trinidad, confirmando lo señalado por Luis Alberto de Cuenca: “Por aquí hubo una vez un mentidero, / el notorio lugar donde las gentes / se contaban los últimos asuntos, / mentiras y verdades, sucedidos / —*lo sé de buena tinta...no me digas*—, / historias de la guerra y de la corte. // Asuntos importantes o triviales / con la misma pasión e indiferencia, / con igual saña o burla semejante / con la que siempre se contó la vida, // Corrió de boca en boca el rey, el clero, / la comadre, el ejército, el alcalde, / la puta del palacio y del burdel, / los precios, las vecinas, los amantes, / el frío de la noche o el calor / que nos hará sudar al mediodía. // Ahora el mentidero...”

Sin ambages, ni ambigüedades, alejado de perífrasis, rodeos o circunloquios, el propio Gracia Trinidad, a objeto de que no exista ningún asomo de duda sobre su motivación más recóndita al momento de escribir su personal e intransferible mentidero de Madrid —más afectivo que urbano, aunque ambas dimensiones no se excluyan en su poemario simbiótico— expresa palmariamente y desprovisto de tapujos: “Este libro es un homenaje a mi ciudad natal. También un abuso porque utilizo sus calles y rincones para intentar hablar al mismo tiempo que de ella, de otras cosas. Se suceden en este libro poemas con nombre de distintas vías y

lugares madrileños, a veces con un subtítulo añadido. Calles que existen o desaparecieron, plazas, parques, rincones, los personajes que vivieron y los que viven, la historia y la leyenda... todo es a veces causa y las más, excusa para escribir poesía”.

Los pretextos, los efugios, las excusas, los subterfugios, a los que recurre el escritor para apadrinar y servir de detonante de sus largas y pertinaces faenas de poeta, son muchos y disímiles: calles, túneles, puentes, plazas, gentes, pasajes, cuevas, bocacalles, callejones y avenidas, le permiten urbanizar ahora sus sempiternos temas poéticos: la soledad, la tristeza, la libertad, Dios, la nostalgia, la justicia, el amor cortesano y al prójimo, y el agradecimiento. Acompañemos al poeta en su travesía urbana para compartir con él sus emociones, afectos, prejuicios, angustias y esperanzas.

Madrid —como toda gran ciudad— es más de lo que está a la vista del turista, es también la realidad que —dramática y conmovedora— discurre anónima y distante de los recorridos rutinarios que, en autobuses de lujo, ofrecen las agencias de turismo a fin que los visitantes, confortables en sus asientos ergonómicos y munidos de sus cámaras digitales, sus celulares de última generación y sus aparatos de video de incalculables píxeles, puedan tener las mejores vistas de una villa que muestra orgullosa sus mejores galas urbanas. Los bidonvilles, las favelas, los pueblos nuevos, las callampas, las barriadas populares, los cerros plagados de ranchos, de casas precarias, las villas miseria, las chabolas en las que habitan —en el límite de la subsistencia— los anónimos, los obreros, los prescindibles, los carne de cañón, los hiposuficientes, los orilleros, los marginados, en fin, los condenados de la tierra, sirven también al poeta para expresar su solidaridad con los más necesitados y sus aspiraciones de verdadera justicia social: “Aquí se deshilacha la ciudad / como un muñeco antiguo, / como un perro muy viejo de peluche, / como un perro muy viejo. / Aquí la ciudad pierde sus esquinas, / toda reloj de arena y juego peligroso, / cinturón

que no es carne / apenas hueso, / trampa en el mapa y corazón
de nube / bebedora del vino turbulento de la noche. // Aquí es
frío Madrid, cualquier otra ciudad / también es frío, / porque
toda ciudad tiembla en su orilla, / porque los extrarradios siempre
acaban de más, / siempre huelen a escombros, alambre, arroyo, /
perfume de ferrocarril, olvido, / cáscara del mundo. // Aquí, mis
ojos de burgués han visto / todos los mandamientos de la ley del
hambre / y ningún mandamiento de la ley de Dios.”

La antigua Calle del Lobo, hoy de Echegaray, en bandeja de plata
mal habida le sirve al escritor un motivo para reiterar su solidari-
dad con los desheredados y denunciar la lenidad, la avaricia y la
impunidad de los que usan el poder de cualquier índole para tener
más y más en detrimento de otros que poco tienen y cada día son
menos dignos. Denuncia el poeta: “Nadie debería soportar más
peso / del que tiene su propia dignidad. // Impedid que los lobos
acumulen / la conciencia y la vendan como suya. / Son lobos mer-
caderes, ya sabéis, / mercachifles del mundo, poderosos / ahítos
de soberbia, tomadores / del dos, del tres, de todo, con permiso /
de otros que más que lobos son raposas. / Disfrazados de honor y
de justicia, / revestidos de leyes a su altura. / Su dignidad es sólo
su poder, / no pesa nada, es pluma, polvo y aire; / los aligera y
los encumbra siempre / por encima de todo lo que es justo, //
(Los lobos aullarían por la comparación)”. Insiste además Gracia
Trinidad que la miseria es un verdadero infierno y los callejones
que cotidiana, reiterada e incesantemente la ven pasar, no serán
lo suficientemente anchos para desterrarla por siempre y para
siempre: “Haced más ancho el callejón angosto / y que circule
toda la miseria / pero no dejará de pasar nunca”.

Los característicos e intransferibles temas que caracterizan la
rotunda poesía de Gracia Trinidad se hacen también presentes
en su conmovedor, apasionado y emotivo mentidero. En efecto,
la soledad, la nostalgia, el desengaño, la libertad, la vanidad, la

tristeza, entre otros temas personales y reiterados del poeta del vértigo, transitan las rutas, rotondas y plazas del callejero lírico del escritor. Leamos y recorramos con Gracia Trinidad las calles, plazas y callejas que disparan su emoción y transmutarla en rotundos versos que otorgan alma y espíritu a los adoquines, al asfalto y al betún, al pavimento de macadán del mentidero material de su Madrid natal:

- **La Vanidad:** Duro y contundente reclamo contra una sociedad que todo lo convierte en vitrina, en *talk show*, en *mall*, en centro comercial, en *show business*, en imagen prefabricada, en cirugía plástica, en publicidad machacona, en maquillaje, coreografía y escenografía, en metro - sexualidad, en palabras semejantes, en vanidad, engrimiento y apariencia, el poeta advierte: “Aquel espejo fue para la luz, para avisar del / riesgo, para decir de lejos que acecha el enemigo, / para contar la vida y la sorpresa. Pero ya no hay espejos de esa clase // Ahora todo es imagen y artificio, sensación de costumbre, gesto inútil, desgastado mirar, reclamo, misteriosa apariencia. / Ahora todo es espejo y disparate, manera de obligar a ser distinto, profesión del engaño, tiempo muerto. // Si vienen a atacarnos no servirá de nada ni el bruñido metal ni el vidrio con su azogue. / los bárbaros vendrán y no estaremos a su altura, nos hallarán mirando escaparates, sorprendiendo a la nube en la fachada, tercamente instalados en el baño colocando la mueca o la corbata, afeitando el mentón o dando el rímel. // Y va a ser imposible defendernos”.
- **La Libertad:** Si de algo se precia el poeta —a viva voz y letra— es de su espíritu libertario, de su genuina escritura sin condicionantes ni ataduras, en su rechazo a los ismos que tanto daño le han hecho al planeta y a la humanidad, en fin, de su amor, su pertinaz defensa de la intrínseca y fundamental libertad del hombre. “la libertad llegó por la mañana dispuesta a devorar todas las cosas (...) La libertad llegó y resulta gozoso

ser su esclavo”. El escritor expresa contundente y sin remilgos: “Es inútil que alcéis vuestras banderas en mi nombre. Solidario con todos, solidaria mi mano derecha con la izquierda, mi ojo derecho con el otro; los pies y las costillas solidarios.../ Mi boca no lo es. // Hicieron tanto daño las banderas, que esta boca creció de indiferencia y se alzó impenitente contra la mayoría de bocas mentirosas, contra las telas de color que esgrimen sus razones para acabar en grito y en cuchillo. // Con el negro me basta, con su mueca sin luz y sin color: Pirata de la vida, bucanero en ausencia y soledad, filibustero de pálida esperanza; corsario nunca. // Agitada la oscura bandera todo es claro”. Y en otro poema autobiográfico, Gracia Trinidad no deja espacio para la duda acerca de sus intenciones vitales: “A veces dices la verdad, / la gritas a los cuatro vientos, / insistes, / te sale de la boca, implacable y redonda, / pero nadie te cree, / ¿No será entonces tu verdad mentira?”.

- **La Soledad:** En anteriores análisis hemos sostenido que la poesía de nuestro vertiginoso poeta se sustenta, se nutre, abreva en la soledad. En este sentido, anotábamos: “Intensa e inmensa es la imponente soledad de Gracia Trinidad, lo custodia a todo evento, lo acecha; sigilosa, a todas partes lo persigue; ubicua, exigente, hostigadora, no lo abandona, no desea redimirlo, no quiere desprenderse de él, dejarlo a sus anchas: se le encima, lo envuelve y busca aislarlo, destruirlo, ensimismarlo. Frenéticamente lo abraza, lo circunda, lo toma por el cuello hasta el ahogo...”. En su mentidero confesional, en homenaje a Lope de Vega y Ramón de Campoamor, convoca de nuevo a la soledad para que comparta sus solitarias páginas e invita: “Vamos a repartirlas: / Tú con tus soledades, / yo con las mías; / que no es mejor, / da igual lo que te digan, / *la soledad de dos / en compañía*”. Más enfático, reiterativo y machacón, el poeta advierte: “Pero nadie se engañe a estas alturas: / El árbol genealógico de todos / es un árbol tan sólo y solitario, / la miserable rama de la vida. / Común, lejana, turbia, inmensa,

triste”. Y esa soledad terca, celosa, consustancial a la poesía y al alma de nuestro escritor, como un bumerán perfectamente preciso y sagaz, regresa siempre dispuesta a no abandonar al poeta: “La soledad es una piedra blanca / que nos cabe en la mano, / que se arroja al vacío / y nuevamente sin saber por qué, aparece temblando entre los dedos. / He tirado esta piedra muchas veces, / pero por su costumbre de volver, / como si un perro juguetero / me la trajese una y otra vez, / aún la tengo. / Y cada vez son menos las ganas de soltarla”. Y para distinguir a quien lo define, el poeta versa: “La soledad, es la que eleva el árbol, / lo hace crecer, lo empuja, lo distingue. / En medio de la jungla o de los bosques / un árbol es como una piedra erguida / en el oscuro pedregal del tiempo. / Insoportable y vanidoso, torpe, / alimentado de su propia sombra, / el árbol solitario se distingue, / se aparta silencioso y puede verse / en el perfil del horizonte / su silueta desnuda, altiva, sola. / Eso le basta”.

- **La Tristeza:** En su oportunidad afirmamos: “la íngrima soledad del poeta vive acompañada de su indeleble tristeza. Un solo, intenso y desgarrador calificativo bastaría para definirlo, identificarlo, delimitarlo, catalogarlo, describirlo, ponerlo en su epitafio y transmitirlo para la siempre escurridiza eternidad: *triste*”. Ahora es el escritor quien ratifica lo por nosotros escrito: “La tristeza es la uña que persigue los sueños en el dibujo de una mesa (...) Viene de soledad y de extrañeza, se derrama en silencio, / tiene el miedo cogido por los brazos. / No sabe, no se atreve, no encuentra la respuesta. / Todo es espalda. Adiós. Todo es cansancio. / ¿Adónde vas? ¿Por qué me dejas solo? ¿Cómo sabré quién soy? / ¿De quién es hijo este dolor? / ¿Porqué?”.
- **La Duda, el Desaliento, la Nostalgia, el Olvido:** En un poema síntesis dedicado al desaparecido Callejón de la Duda, el escritor revive tres de sus recónditas emociones —la duda.

el desaliento, la nostalgia— para expresar, indefenso y temeroso, su notorio y palpable miedo por el porvenir. Sentencia el bardo: “Cuando se hace inventario de la vida, / uno se ve tentado al abandono. / Ignoro si a vosotros os ocurre, / pero a mí me hace daño el desaliento, / la nostalgia, / la sospecha de un tiempo por venir, / confundido con el que se marchó. / desalentado, ciego, impredecible. / Hoy, ayer... ¿Y cuál es la diferencia? / Me duele lo que miro con los ojos, / me temo que culpables por ser míos, / lo que siento crecer / como un miedo confuso entre las uñas. // Viene todo en el mismo paquete con sorpresa, / el envoltorio lleno de color, el lazo, la sonrisa... / Y no sé si es regalo o amenaza, / y no sé si aceptarlo o preocuparme / y no sé si quedarme o escapar, / y no sé si fiarme, / y no sé”. En cuanto al olvido se refiere, Gracia Trinidad confirma. “Vivir es una forma de alejarse, / siempre”.

Dios ha estado también presente en los caviles poéticos del escritor. En esta ocasión —entre creyente y agnóstico—, retorna al tema de la religación que tanto ocuparon sus años mozos de seminarista, cuando buscaba —entre cánticos, homilías, sacramentos y oraciones, y una que otra penitencia— una razón para trascender y un púlpito para celebrar al prójimo, que hoy, justiciera y equitativamente, le ofrece la poesía., como lo expresa y asienta: “Cuerpo a cuerpo, lector, / codo con codo, / cómplices que subvierten / la cordura del mundo. / Ni yo sin ti, ni tú sin mí, / paso a paso, / espalda con espalda, / protegidos el uno por el otro, / tebanos dos a dos / de un batallón sagrado. / Escribo para ti, no creas / que hablo tan sólo de mis cosas; / y aunque no lo parezca, / algo, sin mí / te falta. // Si dejas de escuchar, / dejaré las palabras / aunque a nadie le importe. // Tal vez ni a ti ni a mí”.

Y como certeramente decía Virginia Wolf *sólo existe lo que se nombra*, Adán el padre primero, instado por el Padre Verdadero, puso nombre a nuestras cosas y nos enseñó a nombrarlas, inaugurando en la Tierra el nominativo oficio de los poetas, Gracia Trinidad

lo testifica: “Poner nombre a las cosas / es el mejor oficio de la vida, // Lo hizo el Padre Adán cuando su Dios / se lo ordenó en el Paraíso. / Y así nacieron árbol, pájaro, río, piedra, / hormiga, pájaro, gacela, viento... / Nada quedó sin nombre. // Pero luego ocurrió lo que ocurrió / la expulsión amplió los horizontes. / Ni Dios habría imaginado / que Adán siguiera su costumbre / y aún le quedasen nombres que asignar. / Así nacieron risa, amor o llanto, / dolor, tristeza, ausencia o esperanza”.

Afortunadamente, como “Dios se dedica a otros asuntos”, Gracia Trinidad y los poetas —que no son tantos (unos cuatro mil) como los calculados en su tiempo por Lope de Vega, sino, al decir de nuestro poeta “unos mil quinientos como mucho”— han hecho y continuarán haciendo el trabajo iniciado por Adán para nombrar lo innombrable.

El insondable y solidario amor que Enrique siente por Soledad, es recogido en su mentidero amoroso como muy valedera excusa para loar la Calle Peña de la Miel y Callejón de Jesús Méndez en un poema pleno de ternura, afección, apego e incontestable devoción, que merece estar en la Antología Universal del amor: “Estos mapas no me dijeron nunca / dónde estabas, qué era de ti, qué calles / recorriste, cuál era tu escondite. / esos mapas inútiles que tuve en mis manos, qué estudié con gozo, / no me enseñaron nunca la manera / de llegar hasta ti, de aproximarnos. / Tú siempre en las reuniones que marcaban / el camino a seguir, la ruta, el norte; / y yo siempre al final de ese camino / llevado por mis mapas al extremo, / Cuando al final las cartas se oxidaron, / y las reuniones se volvieron turbias, / nos unió la palabra, otra palabra, / el espacio que habita entre dos versos / y que no se pronuncia ni se escribe. / Ni mi fatiga ni tu desconsuelo, / ni tu cansancio, ni mi desvarío / nos dijeron el punto de encuentro, / tan solo las palabras nos llevaron / a este lugar donde el amor nos crece”.

Enrique Viloria Vera

Finalmente, para despedirnos de Madrid, de sus plazas, rotondas, glorietas, callejones, túneles, pasajes, cuevas, esquinas, iglesias, y de los mentideros de aquí y ahora, de allá y entonces, nada mejor que el poema Ursaria del gato madrileño:

*“Hay un canto feliz, pero se esconde / tras la basura, la nostalgia,
el crimen, / tras las horas que no saben ser tiempo / sino premura,
escándalo, sofoco. / Si recorres sus calles, si la escuchas, / verás que
hay corazón pero que el ritmo / con que alienta la vida es la locura;
/ que donde fue doncella es cortesana, / que donde fue muchacho
es resabiado / truhan, provocador y pendenciero, / que donde fue
paciente labrador, / dama de merecer, vecino amable, / acogedor y
amable diplomático, / es hoy torpe corsario oficinista, / pretencioso
bribón de escaparate, / puta descabellada, visitante / de aceleradas
mañas y mirada, // Pero a pesar de todo y de mí mismo, / hay un
canto feliz, estoy seguro. / Y lo voy a encontrar, aunque me deje /
la vida entera entre sus viejas calles”*



Nueva York y Federico García Lorca

He dicho un poeta en Nueva York, y he debido decir Nueva York en un poeta.

Un poeta que soy yo (...)

Ya que salgo por un instante de mi largo silencio poético,
porque no quiero daros miel, porque no tengo,
sino arena o cicuta o agua salada.

* * *

Nueva York de cieno,

Nueva York de alambre y de muerte.

¿Qué ángel llevas oculto en la mejilla?

¿Qué voz perfecta dirá las verdades del trigo?

¿Quién el sueño terrible de tus anécdotas manchadas?

FEDERICO GARCÍA LORCA

No es precisamente un halago, un elogio, un rendibú y mucho menos una exaltación de la —para muchos— envidiable y codiciada Gran Manzana, el libro *Poeta en Nueva York* escrito por el granadino Federico García Lorca durante su estancia sabática en Columbia University, sita en la ciudad de los rascacielos que, en poética y terrible lucha, combaten insensatamente “con el cielo que los cubre”. Asevera el poeta que cuando se visita Nueva

York “en una primera ojeada el ritmo puede parecer alegría, pero cuando se observa el mecanismo de la vida social y la esclavitud dolorosa de hombre y máquina juntos, se comprende aquella trágica angustia vacía que hace perdonable por evasión hasta el crimen y el bandidaje”.

El poeta granadino suma sus versos neoyorquinos a los del martiniqueño Aimé Césaire, a los del franco - guayanés Léon Gontran Damas, así como a los del senegalés Léopold Sédar Senghor, en apoyo y defensa de la llamada *negritud*, que en el siglo pasado concitó entusiasta interés de críticos y editores. No deja ninguna duda García Lorca acerca de su admiración por los negros norteamericanos. Sin empachos afirma: “Es indudable que ellos ejercen enorme influencia en Norteamérica y pese a quien pese son lo más espiritual y delicado de aquel mundo. Porque creen, porque esperan, porque cantan y porque tienen una exquisita pureza religiosa que los salva de todos sus peligrosos afanes actuales”.

En sus innumerables andanzas por la megalópolis norteamericana, el poeta en sus recorridos por el Bronx o Brooklyn, observa, compara y concluye, en relación con blancos y negros, sobre los eufemísticamente llamados caucásicos o afrodescendientes, y expresa: “...donde están los americanos rubios, se siente como algo sordo: como de gentes que aman los muros porque detienen la mirada, un reloj en cada casa y un Dios a quien sólo se le atisba la planta de los pies. En cambio, en el barrio negro hay como un constante cambio de sonrisas, un temblor profundo de la tierra que oxida las columnas de níquel y algún niño herido que te ofrece su tarta de manzanas”.

Pero nada como su apasionado canto a Harlem y a su fabulado Rey; largo es el exordio que antecede a su poema laudatorio, su oda, dedicada a la supuesta e idílica majestad de la ciudad negra por antonomasia, “donde lo lúbrico tiene un marcado acento de inocencia que lo hace perturbador y religioso”, leamos y juzgue-

mos: “Barrio de casas rojizas lleno de pianolas y radios y cines, pero con una característica típica de la raza negra que es el *revelo*. Puertas entornadas, niños de pórvido que temen a las gentes ricas de Park Avenue, fonógrafos que interrumpen de manera brusca su canto. Espera de los enemigos que pueden llegar por East River y señalar de modo exacto el sitio en donde duermen los ídolos. Yo quería hacer el poema de la raza negra en Norteamérica y subrayar el dolor que tienen los negros de ser negros, en un mundo contrario; esclavos de todos los inventos del hombre blanco y de todas sus máquinas (..) Porque los inventos no son suyos, viven de prestado (...) En aquel hervor, sin embargo, hay un ansia de nación (...) Pero yo protestaba todos los días (...) Protestaba, y una prueba de ello es esta Oda al rey de Harlem, espíritu de la raza negra y grito de aliento para los que tiemblan, recelan y buscan torpemente la carne de las mujeres blancas”.

Y la Oda es precisamente eso, un canto de protesta, versos rabiosos son enjambre de un poema justiciero y vindicador, García Lorca se lamenta: “¡Ay Harlem! ¡Ay Harlem ¡¡Ay Harlem! / No hay angustia comparable a tus ojos oprimidos, / a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro, / a tu violencia granate sordomuda en la penumbra, a tu gran rey vestido de conserje (...) ¡Ay Harlem disfrazada! / ¡Ay Harlem amenazada por un gentío de trajes sin cabeza! / Me llega tu rumor, / me llega atravesando troncos y ascensores, / a través de sus láminas grises, / donde flotan sus automóviles cubiertos de dientes y los crímenes diminutos, / a través de tu gran rey desesperado, / cuyas barbas llegan al mar”.

Con el mismo ardor andaluz como el exhibido por el poeta a fin de exaltar a Harlem, denigra de Wall Street, que es “impresionante, por frío, por cruel. Llega el oro en ríos de de todas partes de la tierra y la muerte llega con él”. Atestigua enfáticamente García Lorca —con toda propiedad de espectador favorecido que asistió a las demolidoras secuelas del sangriento *crash* del 29, de la terrorífica Gran Depresión— la escala y magnitud de la muerte en la calle de

la valla: “Yo tuve la suerte de ver por mis ojos el último crack en que se perdieron varios billones de dólares, un verdadero tumulto de dinero muerto que se precipitaba al mar, y jamás, entre tantos suicidas, gentes histéricas y grupos de desmayados, he sentido la impresión de la muerte real, la muerte sin esperanza, la muerte que es podredumbre y nada más, como en aquel instante, porque era un espectáculo terrible pero sin grandeza (...) Muerte alejada de todo espíritu, bárbara y primitiva como los Estados Unidos, que no han luchado ni lucharán por el cielo”.

Wall Street ameritó también un poema del granadino, quien, en peculiar cadencia negroide, escribe: “¡Que no baile el Papa! / ¡No, no que no baile el Papa! / Ni el Rey, / ni el millonario de dientes azules, / ni las bailarinas secas de las catedrales, / ni constructores, ni esmeraldas, ni locos, ni sodomitas. / Sólo este mascarón, / este mascarón de vieja escarlatina, / sólo este mascarón. // Que ya las cobras silbarán por los últimos pisos, / que ya las ortigas estremecerán patios y terrazas, / que ya la Bolsa será una pirámide de musgo, / que ya vendrán lianas después de los fusiles / y muy pronto, muy pronto, muy pronto. / Ay Wall Street! // *El mascarón, ¡Mirad el mascarón! / ¡Como escupe veneno el bosque / por la angustia imperfecta de Nueva York*”.

Nueva York es soledad en medio de la multitud, la “ciudad de nadie” la llamó con toda propiedad Uslar Pietri; García Lorca sobrecogido por la cantidad enorme de gentes que transitan sus calles, constata: “Nadie puede darse cuenta exacta de lo que es una multitud en Nueva York, es decir, lo sabía Walt Whitman que buscaba en ella soledades y lo sabe T. S. Elliot que la estruja en su poema como un limón, para sacar de ella vates heridos, sombras mojadas y sombras fluviales”.

Nada mejor para ilustrar el bullicio, el tráfico, la algarabía, la bulla y el gentío neoyorquino que la feria dominical del Coney Island, a la que asiste más de un millón de personas que ensucian sin pie-

dad, orinan por doquier, dejan a granel latas abolladas, periódicos regados y cigarrillos aplastados, y además vomitan en grupo. El impresionado español del sur, temeroso y previsor ante cualquier muy posible accidente, esgrime un arma poética: “Me defiende con esta mirada / que mana de las ondas por donde el alba no se atreve, / yo, poeta, sin brazos, perdido / entre la multitud que vomita, / sin caballo efusivo que corte / los espesos musgos de mis sienes”.

Pasea el escritor por los alrededores de la ciudad que no duerme para huir del caluroso y húmedo verano neoyorquino que compara con el de Écija, la sartén de Andalucía, e informa: “Se termina el veraneo porque Saturno detiene los trenes y he de volver a Nueva York, La niña ahogada, Stanton niño (come azúcar), y las señoras pantalonísticas me acompañan largo rato. El tren corre por la raya del Canadá y yo me siento desgraciado y ausente de mis pequeños amigos (...) Después otra vez el ritmo frenético de Nueva York. Pero ya no me sorprende, conozco el mecanismo de las calles, hablo con la gente, penetro un poco más en la vida social y la denuncio”.

Una vez más, García Lorca esgrime su pluma justiciera, blande su verso acongojado, para evidenciar las iniquidades, los sinsentidos, la abulia y apatía de unos neoyorquinos indiferentes, para quienes la noción de prójimo es una palabra dominguera voceada al socaire de rapapolvos en intachables iglesias y severos templos. Subraya el poeta: “Yo denuncio a toda la gente / que ignora la otra mitad, / la mitad irredimible / que levanta sus montes de cemento / donde laten los corazones / de los animalitos que se olvidan / y donde caeremos todos / en la última fiesta de los taladros (...) Yo denuncio la conjura / de estas desiertas oficinas / que no radian las agonías, / que borran los programas de la selva, / y me ofrezco a ser comido por las vacas estrujadas / cuando sus gritos llenan el valle / donde el Hudson se emborracha con aceite”.

Y antes de huir de Nueva York, “la urbe arrolladora”, en viaje “hacia las hermosas Antillas”, el escritor confiesa que se marcha de la Gran Manzana “con sentimiento y admiración profunda”, rinde —antes de partir— sentido y postrero homenaje a su admirado Walt Whitman en un testamento dual de dolor y esperanza:

“Y tú, bello Walt Whitman, duerme a orillas del Hudson / con la barba hacia el polo y las manos abiertas. / Arcilla blanda o nieve, tu lengua está llamando / camaradas que velen tu gacela sin cuerpo. / Duerme, no queda nada, / una danza de muros agita las praderas / y América se anega de máquinas y llanto. / Quiero que el aire fuerte de la noche más honda / quite flores y letras del arco donde duermes / y un niño negro anuncie a los blancos de oro / la llegada del reino de la espiga”.

Orán y Albert Camus

A primera vista Orán es, en efecto, una ciudad como cualquier otra.
una prefectura francesa en la costa argelina y nada más.
La ciudad, en sí misma, hay que confesarlo, es fea.

ALBERT CAMUS

Muy acertada razón tiene Albert Camus cuando en su novela *La Peste* señala, sin más, que “el modo más cómodo de conocer una ciudad es averiguar cómo se trabaja en ella, cómo se ama y como se muere”. Orán es para el escritor más que una realidad física, es además un escenario para la vida, y en este caso, para la muerte.

Sin tapujos, Camus reconoce que la ciudad de marras no es la más agraciada del mundo, sin embargo, realista, sin pesimismo ni desolación, constata: “Esta ciudad sin nada pintoresco, sin vegetación y sin alma acaba por servir de reposo y al fin se adormece uno en ella. Pero es justo añadir que ha sido injertada en un paisaje sin igual, en medio de una meseta desnuda, rodeada de colinas luminosas, ante una bahía de trazo perfecto. Se puede lamentar únicamente que haya sido construida de espaldas a esta bahía y que al salir sea imposible divisar el mar sin ir expresamente a buscarlo”.

Y para un mejor conocimiento del *élan* vital, ánimo, estilo, tenor y cadencia de Orán, el novelista acota: “Su aspecto es tranquilo y se necesita cierto tiempo para percibir lo que la hace diferente de otras ciudades comerciales de cualquier latitud. ¿Cómo sugerir, por ejemplo, una ciudad sin palomas, sin árboles y sin jardines, donde no puede haber aleteos ni susurros de hojas, un lugar neutro, en una palabra?”.

La fealdad y la neutralidad de Orán se ponen de manifiesto en el cambio de estaciones que no cambian, como sí ocurre de manera evidente en otras villas para contento de sus habitantes. Precisa Camus: “La primavera se anuncia únicamente por la calidad del aire o por los cestos de flores que traen a vender los muchachos de los alrededores; una primavera que venden en el mercado. Durante el verano el sol abrasa las casas resacas y cubre los muros con una ceniza gris; se llega a no poder vivir más que a la sombra de las persianas cerradas. En otoño, en cambio, un diluvio de barro. Los días buenos sólo llegan en invierno”. Menuda paradoja.

Esta modorra, este sopor, ese letargo climático de Orán influye inevitablemente en el comportamiento de sus gentes, todo se hace igual “con el mismo aire frenético y ausente. Es decir, que se aburre uno y se dedica a adquirir hábitos”. En coherencia con su extendida y amplia visión urbana, el narrador no sólo caracteriza a la villa, también procede a hacerlo con sus pobladores más crematísticos que hedonistas. Asienta Camus: “Nuestros conciudadanos trabajan mucho, pero siempre para enriquecerse. Se interesan sobre todo por el comercio, y se ocupan principalmente, según propia expresión de hacer negocios. Naturalmente, también les gustan las expansiones simples: las mujeres, el cine y los baños de mar. Pero muy sensatamente, reservan los placeres para el sábado después del mediodía y el domingo, procurando los otros días de la semana hacer mucho dinero. Por las tardes, cuando dejan sus despachos, se reúnen a una hora fija en los cafés, se pasean por un determinado bulevar o se asoman al balcón. Los deseos de la

gente joven son violentos y breves, mientras que los vicios de los mayores no exceden de las francachelas, los banquetes de camaradería y los círculos donde se juega fuerte al azar de las cartas”.

Camus ahonda en las prácticas y ritos de amor y muerte de los oranenses; sobre el primero, el escritor confiesa que no tiene mucho que decir o añadir, así asevera: “. . .no es necesario especificar la manera de amar que se estila. Los hombres y mujeres o bien se devoran rápidamente en eso que se llama el acto del amor, o bien se crean el compromiso de una larga costumbre a dúo. Entre estos dos extremos no hay término medio. Eso tampoco es original. En Orán, como en otras partes, por falta de tiempo y de reflexión, se ve uno obligado a amar sin darse cuenta”.

Sobre la muerte —acerca de esa manera de pasar a otro mundo si es que existe, si lo hay—, el narrador es más analítico y explícito; transmutado en antropólogo forense, Camus comunica los breves, los apremios, los trances, los ahogos, que un ciudadano del común experimenta para morir en Orán: “Lo más original en nuestra ciudad es la dificultad que puede uno encontrar para morir. Dificultad, por otra parte, no es la palabra justa, sería mejor decir incomodidad. Nunca es agradable estar enfermo, pero hay ciudades y países que nos sostienen en la enfermedad, países en los que, en cierto modo, puede uno confiarse. Un enfermo necesita a su alrededor blandura, necesita apoyarse en algo; eso es natural. Pero en Orán, los extremos del clima, la importancia de los negocios, la insignificancia de lo circundante, la brevedad del crepúsculo y la calidad de los placeres, todo exige buena salud. Un enfermo necesita soledad, Imagínese entonces al que está en trance de morir como cogido en una trampa, rodeado por cientos de paredes crepitantes de calor, en el mismo momento en que toda una población, al teléfono o en los cafés, habla de letras de cambio, de conocimientos, de descuentos. Se comprenderá fácilmente lo que puede haber de incómodo en la muerte, cuando se sobrevive así en un lugar seco”.

En la apacible, crematística, neutra y una tanto aburrida ciudad de Orán, la muerte, empero, acechaba silente como amenaza de epidemia progresiva, de virus desbocado, con su respectiva suma de incontables cadáveres, de rumas, cerros de seres humanos apilados sin vida ni esperanza. Agazapada y rastretera la Pelona arribó súbitamente en forma de roedor, de ratas siempre presentes en la ciudad portuaria, aunque hasta entonces se mostraban como inofensivas alimañas. Sin embargo, esta vez, las ratas oranesas no fueron tan inocentes, portaban en su cuerpo el mortal bacilo denominado *yersinia pestis*, causante de la terrible peste negra —la exterminadora peste bubónica—; las pulgas infectadas con la bacteria se encargaron de hacer de las suyas en una súbita, inadvertida y continuada cruzada magrebina de muerte y desolación.

Como toda plaga comenzó lentamente, ratas muertas aparecieron —sin mayor explicación ni causa— en los rellanos de las escaleras, en los sótanos de los edificios, en los muelles y basureros de la ciudad, Camus recuerda que la municipalidad no tenía previstas acciones diferentes a las tradicionales y consabidas de profilaxia, ante una regular y previsible proliferación de roedores: recogerlos e incinerarlos. Pero las ratas comenzaron a morir en tumulto y por doquier para estupefacción de unos pávidos ciudadanos, enterados además de unos incomprensibles y crecientes fallecimientos. Esta propagación de ratas infectadas, muertas o moribundas, tuvo magnitudes considerables e impensadas: “Al cuarto día, las ratas empezaron a salir para morir en grupos. Desde las cavidades del subsuelo, desde las bodegas, desde las alcantarillas, subían en largas filas titubeantes para venir a tambalearse a la luz y girar sobre sí mismas y morir junto a los seres humanos. Por la noche, en los corredores y callejones se oían indistintamente sus grititos de agonía. Por la mañana, en los suburbios, se las encontraba extendidas en el mismo arroyo con una pequeña flor de sangre en el hocico puntiagudo; unas, hinchadas y putrefactas, otras rígidas con los bigotes todavía enhiestos. En la ciudad misma se las encontraba en pequeños montones en los descansillos o en los patios. Venían

también a morir aisladamente en los salones administrativos, en los patios de las escuelas, en las terrazas de los cafés a veces (...) Ensuciaban la Plaza de Armas, los bulevares, el paseo de Front – de - Mer. Limpiada de animales muertos al amanecer, la ciudad iba encontrándolos poco a poco cada vez numerosos durante el día (...) Puede imaginarse la estupefacción de nuestra pequeña ciudad, tan tranquila hasta entonces y conmocionada en pocos días...”.

Y entonces se pronunció la temida, inevitable y poca bienvenida palabra: *la peste*. Camus evoca en un apretado y condensado párrafo la destructora y cruel historia de la pandemia, en un verdadero ejercicio de solidaridad condal, de fidelidad urbana y ciudadana: “La palabra no contenía sólo lo que la ciencia quería poner en ella, sino una larga serie de imágenes extraordinarias que no concordaban con esta ciudad amarilla y gris, moderadamente animada a aquella hora, más zumbadora que ruidosa; feliz, en suma, si es posible que algo sea feliz y apagado, Una tranquilidad tan pacífica y tan indiferente negaba casi sin esfuerzo las antiguas imágenes de la plaga. Atenas apestada y abandonada por los pájaros, las ciudades chinas cuajadas de agonizantes silenciosos, los presidiarios de Marsella apilando en los hoyos los cuerpos que caían, la construcción en Provenza del gran muro que debía proteger el viento furioso de la peste. Jaffa y sus odiosos mendigos, los lechos húmedos y podridos pegados a la tierra removida del hospital de Constantinopla, los enfermos sacados con ganchos, el carnaval de los médicos enmascarados durante la Peste Negra, las cúpulas de los vivos en los cementerios de Milán, las carretas de muertos en el Londres aterrado, y las noches y días henchidos por todas partes del grito interminable de los hombres”.

La Peste —ahora con mayúscula— conlleva los inevitables efectos de toda pandemia: cuarentena, cierre de fronteras, merma de la actividad portuaria, clausura de comercios, miedo, desconfianza, acaparamiento de productos básicos, especulación, asaltos y robos que, sumados a los hospitales rebosados y a los cementerios re-

pletos de extintos ciudadanos, obligaron a lo inevitable: Estado de sitio, militarización de la ciudad y toque de queda. Camus describe este Orán desconocido, apagado, inédito: “Bajo las noches de luna, alineaba sus muros blancos y sus calles rectilíneas, nunca señaladas por las pisadas de un transeúnte ni por el grito de un perro. La gran ciudad silenciosa no era entonces más que un conjunto de cubos macizos e inertes, entre los cuales las efigies taciturnas de bienhechores olvidados o de antiguos grandes hombres, ahogados siempre por el bronce, intentaban únicamente, con sus falsos rostros de piedra o de hierro, invocar la imagen desvaída de lo que había sido el hombre”.

Pero no hay mal que dure cien años sentencia la sabia sabiduría popular, la peste fue cediendo, adquirió de nuevo minúsculas, y un buen día febrero, Orán recobró su neutra normalidad, volvió a ser la misma, crematística y hedonista a su manera, se sintió liberada de la muerte colectiva. Sin embargo, algunos entendidos sabían que esa fugaz alegría estaría siempre amenazada:

“...que esa muchedumbre dichosa ignoraba (...) que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás (...) y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa”.

Puerto Maldonado y Alfredo Pérez Alencart

La costumbre de vivir del recuerdo enseña que el amor tiene un espacio
donde algo sucede si el lugar se nombra.
He vuelto con esta tarde amarilla que me asoma a lo pasado,
con el horizonte caldeado por el antiguo anhelo de poner los pies en la tierra primera.
Desde la fábula nombro al puerto de los recuerdos y digo: “¡Abracadabra!”
Entonces se van abriendo las diáfanas ventanas de la infancia:
las calles polvorientas se inundan de luz, los mosquitos zumban en el aire calinoso,
la plaza se adecenta y huele a mango y tamarindo.

ALFREDO PÉREZ ALENCART

Al confín de los confines, a su Madre Selva, regresa física y afectivamente el poeta Pérez Alencart a buscar la sustancia nutriente, el amor primigenio, la esencia imperecedera, la fuente inequívoca de una intensa vida que lleva transitando, afanado en mil menesteres del espíritu, entre el recuerdo indeleble e imperecedero del verde variopinto de la selva de sus primeros y peregrinos asombros, y los dorados destellos de una ciudad salmantina que, a pesar de sus dones y virtudes, no podrá jamás sustituir en la más profunda emoción del escritor a esa “arborescencia que en mi habita. / Estas savias irrigando / para siempre (...) Este ayer de ojos asombrados.

/ Este hoy consumiéndose en los ojos. / Más calofríos, más hojas temblando, / más raíces que se abrazan a mi alma.”

El poeta es la selva, la selva habita plenamente en el poeta: “la selva es mía y bajo ella resucito: / soy de tierra caliente, no se olvide.” Esa asimilación unívoca, ese binomio emotivo se transforma —a confesión del escritor— en plural, surtido, vario, múltiple, como suele ser la vida toda y la selva misma: “Pasen a ver el fondo vegetal de la Tierra, / sombras de felinos, sudores / de quienes son ya parte de mi sangre. / Miren conmigo monos y pájaros, cinturones de helechos o rostros cansados / de tenaces castañeros.”

Pérez Alencart, siempre generoso en sus muy variadas entregas vitales, experimenta ahora la urgencia de convertirse en guía, en baquiano espontáneo, en tutor amazónico de unos sorprendidos e indoctos alumnos que lo acompañan sin melindres en su apasionado recorrido vital, en las febriles aventuras de su más alborozada infancia. Al viento y a viva voz, nuestro escritor expresa sus ganas de que lo escolten prontamente y sin demoras para adentrarse apasionado en el verde centro de sus más íntimas turbaciones: “Entren, entren conmigo. / Les invito a un paseo enriquecido / por el destellar de mis reminiscencias.”

Y menudo recorrido propone el escritor por las rutas físicas y los vericuetos existenciales de sus más iniciales y auténticos asombros: el Arumayo, el legendario río quechua de la serpiente o de la culebra, el actual torrente Madre de Dios; el Manu, una de las reservas de biosfera más diversa e importante del planeta y la ciudad Puerto Maldonado, la actual capital del Departamento peruano Madre de Dios fundado en diciembre de 1912, le sirven de telón de fondo al poeta para explayarse en sentidas y genuinas confesiones: “ENTREN, entren conmigo por esta trocha, / bajo la tenue luz de la lluvia: / Entren, amigos, y constaten lo que se siente / cuando en los ojos se posa el verde de la vida.”

El escritor, sin necesidad de solemnes juramentos doctorales, de pomposos compromisos de plaza pública, de bandos oficiales, nos promete que abrirá de par en par sus recuerdos, que agitará intensamente su emoción, dejando atrás silogismos, conclusiones, argumentos y raciocinios, para ser humanamente capaz de: “CERRAR los ojos y ser dueño / repentino de cursos fluviales. / Liberarse de entumecidas vigili­as / y sentir selvas aquerenciadas (...) Hablaré de la madre a toda prueba: / en su regazo me abono el porvenir. / Vengan a mí, destilando memoria, / La Madre Selva y la Rosa Madre.”

A su llegada a la Selva Madre, en un vértigo de alegrías, júbilos y contentos, el poeta pide, no por la boca, sino desde el corazón, y es ampliamente complacido por picaflores frenéticos, por lagunas generosas que realizan el inmediato prodigio de la multiplicación de los peces, por noches sin orgullo que se oscurecen más intensamente, por puntos cardinales que le brindaron al poeta el horizonte entero como un infinito cántico a la amistad sideral, por familiares copiosos que vinieron desde lejos para llegarle adentro al corazón del emocionado solicitante; la tierna luna —cómplice benevolente— le ofreció su tersa mansedumbre a fin de que el escritor divisara con otra luz su mundo de ensoñaciones y que sus ojos acariciaran largamente lo silvestre. En fin, llegó el escritor a su infantil casa sin techos ni paredes para pedir “naturaleza como se pide revolución: / surgieron filiaciones imprescindibles, alegatos iluminando trayectorias vitales, / succiones de afectos y de tiempos / que se maceran en el próspero corazón / de quien asigna amor a la gente viva / y a los lugares del recuerdo constante” ...y todo esto y más le fue dado.

Un tanto más sosegado, apaciguado, luego de tanta magnificencia planetaria y tanta esplendidez humana, el poeta hace un alto para escuchar, a viva selva, las voces y los recuerdos que desde el pasado comparecen a confirmar vivencias que ya había experimentado y otras que sólo intuía; caviles que ya había hecho y otros que esta-

ba por hacer. Absorto en sus más recónditos afueras y adentros, ensimismado, reconoce ser una vegetación que las lluvias hicieron crecer, que tuvo el cuidado para contemplar de cerca lo que existe y lo que no, que tanteó inestables momentos, sintiendo a pedazos los hondos abismos de la reflexión, en fin, que siempre fue canto rodado de otros torrentes, de disímiles realidades, y que, cuerdo, juicioso, firme, tuvo a bien esquivar la mala hierba.

El verde y húmedo entorno de sus iniciales asombros le permite a Pérez Alencart realizar un balance preliminar de lo alcanzado y lo aceptado: “El corazón se me fue ajustando / al privilegio de una forma de vida: / Sin fatiga, los mitos tomaron asiento en mi imaginación. / Ningún triunfo, salvo / el acreditado amor de los ancestros. / Ningún fracaso, salvo / pequeñas injusticias.” En la intimidad de sus confines, el escritor se solaza de haber huido “del letargo de innumerables propuestas” y dice de él mismo que “lo telúrico / me imantó a los blancos cabellos de la poesía.”

La selva es un agüero, un lugar propicio para contemplar y fabular, para descubrirla con los ojos del rostro y con los espejismos de la fantasía; la realidad adquiere otra evidencia, es a la vez un puede y un no puede ser, un albur y un conjuro, un riesgo y un ensalmo: un contexto dual que nace de una certidumbre y se manifiesta como una alucinación: “Yo no sé, pero creo que goteaban lágrimas / en los ojos del fantasma.” Así que nada tiene de extraño que el poeta experimente a su selva en las latitudes del ensueño, en las anchuras de la imaginación: “ME acerqué al encantamiento. / Vi farolas al crepúsculo, / mecheros encendidos como fuegos / aleteados. / Dádivas volando, centellas / delante de mis ojos. / Fue en el tiempo de la infancia. / Fue cuando se tejen asombros / ante la luz de las luciérnagas.”

La Selva Madre y el Padre Río se hacen uno en la emoción del escritor a fin de que la añoranza y la nostalgia sean más genuinas y mucho más intensas: el colibrí vuela ahora por las venas del poeta

y le obsequia sus mejores presagios; el canto de las chicharras “pule su eco” y expande sus sonidos hasta el hogar salmantino del trovador ; mensajes indistintos “de miel y de ceniza” le son ofrecidos al literato, anunciando la llegada de encendidos y arrebatados amaneceres; los troncos arrastrados por el río guardan como preciado tesoro el canto de los pájaros para ofrendarle una sonora serenata a quien regresa sin haberse ido; además, y por si fuera poco, “volaban pihuichos sobre árboles a la deriva”, mientras que también “pasaban palizadas cargadas de achunis y trompeteros”; y de repente para que la selva fuese más selva: “Pasaba lentamente alguna palizada, / con esa serpiente solita soleándose / en la rama del renaco partido por un rayo,” y “más atrás del monte, / allá por la Cachuela, / hunden sus largas patas / los timelos, danzando / en las tibias aguas, entre pescados y caimanes”.

Pérez Alencart no puede *¿y quién podría?* ocultar sus más genuinos asombros ante una naturaleza que le ofrece lo mejor de sí para que se reencuentre con sus adentros y recree hasta los tuétanos sus ancestrales vivencias. Sacudido por el llanto ante tanta vida real y palpitante, el poeta, mecido ya en la insumergible canoa de sus evocaciones, confiesa: “LLUEVE y sigo pisando recuerdos. / Enseño lastimaduras cuando el cuerpo levita / sobre un tapiz esmeralda / que cifra aquilatadas bienvenidas. / Transterrado de tan inmenso reino, / tropezando, / a saltos de aire, / voy volviendo a lo que es mío. / Al atardecer, pego la oreja / al tronco del castaño más alto de la chacra / y unas lágrimas desbarrancan desde ojos / por penas sacudidos. / Otro mundo comienza / cuando se instala la noche entre los árboles.”

El poeta, sin ataduras, revela a suyos y extraños que: “el corazón se me fue ajustando / al privilegio de una forma de vida”, en la que sólo sabe donar al mundo “semillas desvestidas de la tierra”, porque seguro está de que, en su caso, con lo único que no ha podido el imbatible olvido es con “la selva y su fragancia.” Esa —selva y fragancia— que son sólo “un extraño aliento que se expande por

el aire. / Apenas un jadeo tras árboles cubiertos de musgo. / No hay viento, pero las ramas tiemblan / como si tuvieran fiebre.” Ciertamente, la selva del escritor no es la misma del turismo de aventura, de la minería depredadora o de la explotación maderera sin limitaciones, la suya es otra, personal e intransferible, espiritual, desconocida para casi todos los mortales, posee su propio aliento, un hálito distintivo, una esencia particular, que la Madre Selva revela exclusivamente a su hijo privilegiado, a aquel que la canta por encima del estruendo de las motosierras, la estulticia de los turistas de paquete y la avidez de los insaciables mineros. En efecto, Pérez Alencart inquiere decidido, altivo, dispuesto a la ineluctable afrenta de las emociones: “¿Alguien más conoce ese lugar lejano / donde nadie habita sino un espíritu / que no se ha desvanecido todavía?” Y para que ninguna duda quede, ninguna vacilación se interponga, el poeta, suficientemente explícito, declara a rajatabla: “es grande esta querencia, / este beber de ambrosías, / esta preñez de innumerables desvelos / por mi selva de los confines”.

El río Amarumayo, su intensidad, sus raudales, su color, su indudable capacidad para generar viejos y nuevos asombros hace que el poeta experimente otra vez sensaciones arcanas y recupere vivencias guardadas que no sentía desde su remota niñez: “es de rigor volver / con el asombro jubiloso / de la infancia” sentencia emocionadamente. El Amarumayo despierta en el sensible ánimo del poeta sentimientos varios que lo llevan a formular una emoción personal y colectiva: “En el corazón de todos está el agua del aire. / En el corazón de todos está el pueblo y el paisaje. / En el corazón de todos está la voz que llama / a ese mundo escondido entre las llamas de los días. / A corazón abierto el mundo amado no se escapa; / acontece, se justifica, nace lento de un río invisible / que trae espumas y hálitos de embriagada naturaleza”.

Pálido, “intuyendo la continuidad que se avecina”, cae de rodillas el escritor, una, dos, tres veces, se embadurna con la humedad del aire, la ardiente tierra del trópico recibe, atónita, las ofrendas

provenientes de la palabra poética de Pérez Alencart, a la vez que, agradecida, le transmite efluvios clorofílicos que le servirán al poeta como fuente complementaria de energía que lo auxiliará en la delicada tarea de desempolvar viejas querencias y promover obligadas acciones de justicia. Para que no quede duda acerca del propósito fundamental de su íntimo soliloquio, el poeta reconoce a la vista y oídos de todos que: “Soy el testigo que no mutila su sonrisa, / el hombre dispuesto a que el pecho se le estalle / si extravía el amor, el beso de la tierra / o la ilimité comunión con el territorio exacto / del origen. / En esta renovada aventura / debo quebrantar reglas que barnizan el artificio”.

Son varios los versos que el autor consagra en su *Soliloquio ante el río Amarumayo* para que los artificios, los ardides, las artimañas, las astucias, los amaños se quebranten, pierdan su sempiterno barniz. Unos son intimistas, otros atañen a la dimensión de la familia, unos cuantos son expresión de un deseo de justicia social, otros expresan una muy comprensible preocupación ecológica. Pero dejemos que sea el propio poeta quien exprese sus angustias y esperanzas, sus alegrías y tristezas, sus conformidades y reclamos en estas imágenes que clasificaremos a nuestro mejor albedrío:

- **Intimistas:** “no hay tregua; surgen / alegrías que el recuerdo enciende, flores / suntuosas, señoras y señores, parientes, ciudad y selvas repitiendo ecos, / instantes huidos de lo que muchas / veces fui”.
- **Justicieras:** “Sí, / es cierto, mi tierra desde el aire / es una verde extensión con ríos visibles / e invisibles. Pero también hay poblados sin ayuda, / niños y hombres exhaustos, niñas en tal agonía, / mujeres que conciben y conciben. / El propio calor / es imán de la carne y repite desnudos y caricias”.
- **Políticas:** “Pero / no soy dueño / del futuro, / pero como hombre amo y soy generoso y no olvido / a quienes mal

gobiernan mi terruño, / despiertos / cuando las elecciones,
dormidos cuando / triunfan: ¡Arre, arre, arre! ¿Qué manos
manchadas veo? ¿Qué promesas / preparadas para el olvido
oigo? (...) Tuerzo el cuello a los proclamados / y a los pavo-
rreales. / Y les recuerdo su grotesco oficio”.

- **Modestas:** “Si quisiera / exhibiría sapiencias, diplomas / y otro fruto de tenaz aprendizaje. / Pero no. / En este nuevo nacimiento / sólo enseño lo que me es propio: / aquel reino de luciérnagas / o esta doctrina feliz del que mucho debe / y ofrece que coman de su plato / y siente dulcemente el corazón se empapa / con locas alegrías y largas sombras”.
- **Ecológicas:** “Vuelvo a mirar árboles indultados / que resisten como viejas tortugas. / Vuelvo con mi verde acento intacto / y me sé quedar lleno de angustia / si pienso en el Ártico y el Antártico, / en islas de las antípodas que la marea va cubriendo, / en su vital dependencia de estas selvas. / Aires para el mundo entero descansan por aquí, / con sus purezas y alocuciones. Aguas para el mundo entero discurren por aquí, / bajando en silencio desde las cúpulas andinas. / He sentido el clima herido / y tengo idea que no aprendemos”.
- **Conclusivas:** “Oh fondo / primero de los días, / vengo de muy lejos para desvelar / emociones que esplenden / en mí desde que existo. / Esta / victoria / es la única que reclamo. / Luego pueden darme poca luz, poca luz, / *pocaluz...*”

El puerto se une a la selva y al río a fin de que el poeta se solace en el recuerdo, y su infancia retorne súbita y en torrentes a quebrar racionalidades y descoyuntar maduros sentimientos. Afebrado de felicidad, infecto de placer, envirado de contentos, Pérez Alencart cierra los ojos para aparecer repentino, en un entusiasta viaje hacia los orígenes: “en las calles donde maduré mi infancia. He buscado lianas con las cuales trenzar afectos de otros tiempos

junto a paisajes para mí definitivos. Feliz resulta conmemorar aquel alimento del corazón, volver a ser el infante con marcas de besos en las mejillas...”

Un puerto es trepidación continua, tráfico, llegada y salida de gentes variopintas (“madereros, agricultores, mitayeros, pescadores, castañeros”) y mercancías diversas (“bolsas enjebadas, sacos de yute repletos de naranjas carnosas, yucas y racimos de plátanos por doquier”), es muelle, estiba y caleta, malecón transitado noche y día, embarcaciones de diferente tamaño y calado que van y vienen alimentando hambres y esperanzas, en fin, un puerto es también para nuestro poeta la grúa que sigue “izando mis asombros”.

El alucinado escritor llega al puerto de sus querencias para tomar un bote imaginario que lo conduce indefectiblemente a la vecina ciudad se sus recuerdos: “AQUÍ Alfredo Pérez Alencart pedía una naranja y recibía misterios; pedía besos de doncella y recibía el esplendor de los ocasos, lácteas iridiscencias, solemnes visiones (...) Alfredo pertenecía a la corteza virgen de los cedros, al color del huayruro y la velocidad del picaflor. Aquí surcaba ríos y convidaba bocanadas de dulce amor rebalsado de su corazón”.

El puerto es la ciudad y la ciudad es el puerto, así de invariable es la siamesidad que el poeta recoge en sus conmovidos versos, y ambos indistintamente, ciudad y puerto, puerto y ciudad, como se prefiera, son a la vez con él: “Eres conmigo, ciudad de las calles de fiesta, puerto fluvial que me siente en sus entrañas”.

El poeta desanda la urbe de sus primeros años con los ojos del recuerdo y con la riqueza de la imaginación, descalzo de ataduras racionales viene y va por Puerto Maldonado —“la calle Loreto, el jirón Cuzco, la avenida Dos de Mayo” — esa “ciudad que sobresale del polvo”. En un rincón “el azar descubre rutas semejantes a la tristeza” y el poeta abatido de emoción constata “He vuelto... He vuelto... He vuelto...”. En otra embocadura admira “el amplio

cielo y las sencillas casas de mi puerto”, calles más allá el escritor confirma “el registro de aprendizajes junto a la libre juventud florecida bajo el cielo de estos barrios” y en el viejo camposanto del puerto el escritor se lamenta: “la maleza invade tumbas del viejo cementerio e impone su presencia implacable sobre el hueserío restante de mis ancestros”.

El Manu, la reserva vegetal, ese verde y espeso corazón de la Amazonía, también hace lo suyo para que el delirio del poeta tome otros derroteros que complementen sus verdes, húmedas y polvorientas emociones. El escritor no puede ni quiere sustraerse al encanto de esa “naturaleza inventada para ser heredad del mundo”. Boga Pérez Alencart en una canoa que no recorre el río sino el tiempo: “Aquí no hay desengaños: este es el origen de un desconocido pez de escamas doradas, el reducto donde tintinea la creación alquímica, el lugar de donde posiblemente se calcó el paraíso...” sentencia el poeta espeleólogo, el descubridor del origen de la vida, el ecólogo explorador que transforma la cadena trófica en poesía: “Aquí está el escondrijo del lobo de río, los frutos que alimentan al venado, el venado que alimenta al jaguar, el jaguar que al morir proporciona comida al gallinazo carroñero y abona el suelo y germinan más aprisa las semillas que luego alimentarán a los monos, monos que serán cazados por águilas y nativos...”

El parque nacional de los confines es redescubierto por este poeta botánico que no dibuja sus especies sino las canta. Pérez Alencart va más allá de las evidencias botánicas y zoológicas, de los científicos nombres y las correctas ilustraciones, usa su pluma para que sea la letra y no el trazo, la poesía y no el dibujo, la que nos conduzca, a través de sus reveladoras preguntas, por la realidad deslumbrante del parque y sus especies: “¿De qué gota de agua, discreta y malabar, procede este bosque soberano? ¿Cuál de los rayos selectos encañona sus disparos para lograr fotosíntesis tan inapelable? ¿Hay alguna otra aurora semejante que se descuelgue pisando blandamente las copas de los árboles?”.

De la plural e intransferible emoción del poeta hemos recorrido, en la visita propuesta por el escritor: selva, río, puerto, ciudad y bosque; dejemos al propio Pérez Alencart el derecho que le asiste a realizar su sensorial síntesis de lo visto y ofertado, de lo evidente y lo evocado. Tendremos entonces, para culminar nuestro periplo amazónico, la perspectiva singular y afectiva realizada por un ferviente ciudadano emérito y militante incondicional de Puerto Maldonado:

“Puerto Maldonado es una bullente ciudad cuya población bordea los cien mil habitantes. Tal crecimiento algo caótico ha menguado algo de su atractivo, pero no el de su entorno. Permanecen los dos ríos entre los que está enclavada y cada vez que vuelvo a mis orígenes suelo ir al Parque Grau, desde donde se divisa la confluencia del grande río Madre de Dios con el otro, algo menor, río Tambopata. Desde allí la visión de los atardeceres selváticos resulta imborrable. De calles y personajes de mi ciudad parto hacia una aventura mayor: tratar de dar cuenta de los otros territorios de esa vasta alfombra verde que constituye el departamento de Madre de Dios, fronterizo con los departamentos de Cuzco y Puno (Perú), con el estado de Acre (Brasil) y con los departamentos de Pando y La Paz (Bolivia)”.



Epílogo

El Poder de la Amistad

Mucho puede la amistad. Puede conseguir que dos José Pulido; a un lado y al otro del espejo, a un lado y al otro del océano y del texto, contemplen el hermoso paisaje de este libro y lo presenten al lector. *Prólogo y Epílogo*, punto de partida y final tras un largo viaje del que siempre se regresa transformado.

Y es que estas "Villas" de Enrique Vilorio Vera, son, ya lo ha podido comprobar el lector, un itinerario por la amistad, por geografías del afecto que ha tejido su inquietud de escritor, de lector y viajero incansable, siempre abierto al asombro. Afectos que arrancan, en un orden que une el alfabeto y la emoción, en Ávila, en la vieja ciudad amurallada, en el místico castillo interior de Santa Teresa de Jesús, y en un poeta, José María Muñoz Quirós. Quien esto escribe, conocedor de la ciudad y del poeta, ha disfrutado y aprendido con la visión que, de ambos, Enrique Vilorio nos ofrece a sus lectores.

Un itinerario de ciudades y de escritores que por amor las han convertido en "su" materia literaria. Un largo viaje de amistades

personales y afinidades sentimentales, de indagación en pos de la belleza que me han permitido acompañar a Enrique por la Barcelona de Eduardo Mendoza, el Barquisimeto de Ramón Guillermo Avello, el Canoabo de Vicente Gerbasi... y así hasta el Puerto Maldonado de Alfredo Pérez Alencart; poeta y trabajador incansable de la cultura, comprometido universalmente desde su atalaya de Salamanca, con la poesía en español y en portugués que nos hermana.

Entre la diversidad de planteamientos que el libro ofrece, el lector encontrará en muchos de los autores y lugares que Enrique Viloría visita, una idea que me resulta especialmente sugestiva y que quiero compartir con ellos: la del dios del lugar, el espíritu de la ciudad. Hay en muchos de ellos un amor reverencial hacia ese espacio geográfico, ese territorio que se define como una íntima y poderosa voluntad que forma a los hombres que en él habitan y es a su vez conformada por ellos. *Axis mundi*, eje del mundo, centro del universo. Divinidad de rostro cambiante, como la ciudad que la sostiene. Los escritores son sus oráculos, sus profetas, los que transmiten sentimientos que sus paisanos comparten y para los que no tienen palabras.

Enrique Viloría presenta en “Villas” su recorrido personal por la vida y la obra de un grupo más que distinguido de escritores, por tierras de España y de América. Ha puesto en este libro mucho de sí mismo. No solo conocimientos personales, sensibilidades, afectos... Hay trabajo, lecturas y una rigurosa labor crítica; pero, sobre todo, hay literatura en vivo, hay pasión por el maravilloso oficio de escribir. Estoy seguro, lector, que tú, como yo, volveremos a visitar con regocijo y con provecho, estas “Villas” que Enrique Viloría nos regala.

JOSÉ PULIDO NAVAS

Sobre el Autor **(Caracas, 31 de enero de 1950)**

Abogado por la Universidad Católica “Andrés Bello” (Caracas, 1970), posee una maestría del Instituto Internacional de Administración Pública (Paris, 1972) y un doctorado en Derecho Público de la Universidad de Paris (1979).

En la Universidad Metropolitana de Caracas fue Profesor Titular VI, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES), y Decano de Estudios de Postgrado, así como Director Fundador del Centro de Estudios Latinoamericanos Arturo Uslar Pietri (CELAUP) y Coordinador de la Cátedra Venezuela Ricardo Zuloaga. Adicionalmente, es Investigador Emérito del Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca (CEIAS). Fue igualmente titular de la Cátedra Andrés Bello en el Saint Antony’s College de la Universidad de Oxford en el Reino Unido y Profesor Invitado por la Université Laval en Canadá.

Es autor o coautor de más de ciento treinta libros sobre temas diversos: derecho, gerencia, administración pública, ciencias políticas, economía, historia, poesía y crítica literaria, artes visuales y humorismo. Su obra escrita ha sido distinguida con el Diploma “Tomás de Mercado” de Estudios Económicos otorgado por el Centro de Estudios Iberoamericanos de Salamanca (CEIAS), el Premio Iberoamericano de Ensayo “Alfonso Ortega Carmona” de la Sociedad de Estudios Literarios y Humanísticos de Salamanca, con el Premio Medalla Internacional Lucila Palacios del Círculo de Escritores de Venezuela, con el Premio de la Academia Venezolana de Ciencias Políticas y Sociales, y con Menciones de Honor en el Premio Municipal de Literatura (Mención Poesía) de Caracas y en la Bienal Augusto Padrón del Estado Aragua. Recibió la Orden Andrés Bello (Banda de Honor) y el Gran Cordón de la Ciudad de Caracas. En 1998, la Universidad Metropolitana le otorgó el Premio al Mérito Académico en el área de Ciencias Políticas, Sociales y Administrativas. Ese mismo año fue nombrado Padrino de promoción por los Licenciados en Ciencias Administrativas de la Universidad Metropolitana. En el 2002, la Biblioteca Nacional de Venezuela le organizó una exposición bibliográfica y publicó un detallado catálogo con motivo de sus 80 títulos. Igualmente, la Biblioteca Pedro Grases de la Universidad Metropolitana le organizó dos exposiciones con sus respectivos catálogos en ocasión de sus 50 y 100 títulos bibliográficos. En 2009, el Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca creó un apartado en su colección editorial con el título de *Obra de Enrique Vilorio Vera*.